BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERIE SERVICIO SECRETO

las tinieblas del odio

burton hare



SS SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

LAS TINIEBLAS DEL ODIO

Colección SERVICIO SECRETO n.° 1.045
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 29.103-1970
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.045 — El odio mata.
En Colección PUNTO ROJO:
435 — La sombra del mal.
En Colección ENVIADO SECRETO:
134 — La muerte de terciopelo.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se paseaba de un extremo a otro del amplio salón, enfurecido, dirigiendo frecuentes miradas a la mujer que permanecía acurrucada sobre el diván tapizado de rojo. La primera impresión que ella producía era la de una pantera dispuesta a saltar.

Se desprendía de su hermoso cuerpo un hálito salvaje, algo semejante al ancestral misterio de los habitantes de la jungla. Tenía las largas piernas dobladas bajo el cuerpo, la cabeza erguida mirando desafiante al hombre cuyo nerviosismo no permitía estarse quieto.

Los grandes ojos de la mujer desprendían chispazos de ira. Los labios le temblaban y los tenía entreabiertos, húmedos, dejando entrever el brillo de sus dientes perfectos.

—Si pudieras comprender cuánto te odio, Raymond, te asustarías —musitó la mujer con una voz cortante como el filo de un cuchillo.

El aludido se detuvo en seco.

—No seas ridícula, por favor —refunfuñó—. Tus escenas de serial me aburren.

Ella barbotó algo incomprensible. Estaba vestida con una salida de baño que apenas le llegaba a las caderas. Tenía un cuerpo soberbio del que él no parecía preocuparse en absoluto.

De nuevo, volvió a la carga.

—A veces me pregunto qué puede impresionarte… aparte de arrebatar el dinero a los demás.

—De ese dinero tú vives espléndidamente, querida.

—Y tú aprovechas todas las oportunidades para echármelo en cara. Quisiera comprender qué se esconde detrás de tu máscara de hombre frío y despiadado.

—Tuviste tiempo de comprenderme en dos años que llevamos casados —remachó él, hablando entre dientes.

—Lo único que saqué en limpio es que no hay ningún sentimiento humano dentro de ti. Eres frío, cruel y despiadado,

capaz de hundir en la miseria a tu mejor amigo si con eso consigues un triunfo económico, o escalas un nuevo peldaño en la escala social...

—Eres incapaz de ver más allá de tus narices —barbotó el hombre—. Lo único que hago es aprovecharme de la estupidez de los demás. Gracias a ello yo estoy arriba y ellos abajo.

—No deben ser tan estúpidos cuando son sus ideas las que te han enriquecido a ti.

—¿Qué infiernos quieres decir con eso?

—Que no eres tan inteligente como pregonas a los cuatro vientos. Si fuera por ti, seguirías amarrado a una mesa de un oscuro despacho, en la oficina de patentes.

Había tocado el punto sensible. Si algo era capaz de hacer saltar a Raymond Dumarais, era que alguien le recordase su pobre pasado, que él había luchado por enterrar en el olvido.

—¡Deberías estar orgullosa de esto! —rugió, lívido de ira—. Yo he sabido encumbrarme desde abajo. ¿No es cierto?

—No. Has subido hasta arriba robando ideas de los demás, engañándoles con promesas que jamás has cumplido, con contratos amañados por medio de los cuales te has apoderado de sus inventos y de sus ideas para ganar dinero. Tú no has tenido una sola iniciativa... si no es la de ensuciarte con un montón de zorras dignas de un burdel.

Calló, jadeante, y el silencio que quedó flotando en la estancia se habría podido cortar con un cuchillo. Después, ese silencio fue roto por el violento estallido de una bofetada que arrojó a la hermosa mujer fuera del diván.

Desde el suelo, acurrucada como un enorme gato salvaje, fulminó con la mirada al hombre que la había golpeado. Él permanecía frente a ella, erguido, mirándola con ojos enrojecidos.

—¡Cobarde! —escupió ella con voz vibrante.

La golpeó otra vez y luego retrocedió. Claudine oyó perfectamente cómo rechinaba los dientes lleno de furia.

Cuando logró calmarse gruñó:

—Creo que ahora sabrás a qué atenerte, «querida». No vuelvas jamás a hablarme de ese modo o te mataré.

—¡Cobarde! —repitió la mujer desde el suelo.

—Quizá sea un cobarde, pero tengo algo en la cabeza, cosa que

no puede decirse de ti. Levántate.

Ella obedeció y volvió a dejarse caer sobre el diván. Continuaba sosteniendo la mirada de su marido con un brillo salvaje en sus pupilas.

—Es la segunda vez que me pegas —musitó entre dientes.

—Y no será la última si sigues así. Por lo demás, he de confesarte que no lamento hacerlo... me causa cierta satisfacción, si es que puedes entenderlo. Extraño, ¿no?

—¿Extraño? —bufó Claudine—. Hace mucho tiempo que me di cuenta que eres un sádico, Raymond... en todos los aspectos.

Él estalló en carcajadas. Se reía con alegría, como si acabaran de contarle un chiste muy divertido, pero su risa produjo escalofríos en la muchacha. Por primera vez sintió pánico. Hasta entonces la lucha solo le había permitido experimentar un intenso odio y un furioso desprecio hacia el hombre con el que se uniera dos años antes rebosante de ilusión.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Nada era como debiera ser y solo pedía sentir aquello que ponía hielo en sus venas.

Miedo.

Eso era.

Y al reconocerlo el sentimiento del terror creció en ella como una marea.

Ninguno de los dos advirtió que la puerta se movía casi imperceptiblemente. La estrecha rendija se hizo lo bastante ancha como para que un intruso pudiera ver la totalidad de la estancia a través de ella.

Tan bruscamente como empezara a reír, él calló. Jadeaba y tenía los ojos brillantes y saltones.

—Eres hermosa, Claudine... muy hermosa —refunfuñó—. Eso te salva, porque me he acostumbrado a ti y lamentaría profundamente perderte...

—¿Por qué no me dejas en paz de una vez?

—Eso sería demasiado cómodo para ti, primor.

La miró larga y fijamente, como si con su mirada desorbitada quisiera penetrar hasta las más ocultas profundidades de su cerebro.

—Me gusta mirarte, y tenerte entre mis manos...

Ella se estremeció. Había algo en el fondo de aquellos ojos, algo maligno, perverso y sucio. Trató de huir de aquella mirada que la

inquietaba hasta el paroxismo y no pudo.

Él repitió con voz ronca:

—Eres demasiado hermosa...

—¡Vete, maldito seas, vete!

De nuevo rio, pero no apartó sus pupilas de ella ni un segundo.

Y Claudine comprendió que él solo deseaba atemorizarla y humillarla haciéndole sentir su dominio y su maldad hasta el fondo de los huesos. La humillaba, y hacerlo significaba para él una faceta más de su superioridad.

Claudine no supo de dónde le llegó la voz cuando barbotó:

—Algún día te mataré, perro.

Él, sin dejar de reír, retrocedió hacia la puert.

—Apuesto que te gustaría hacerlo —gruñó entre carcajadas—, pero se necesita cierto valor para matar a un hombre, nena, y tú no lo tienes ni lo tendrás jamás. Te conozco bien... No es fácil librarse de mí.

Abrió la puerta, hizo un burlón gesto de despedida y salió de la estancia cerrando de un portazo.

Claudine permaneció unos instantes con la vista clavada en la puerta que acababa de cerrarse. Después estalló en sollozos, acurrucada en el diván, y por primera vez desde que él la había golpeado sintió el dolor físico de los golpes.

De nuevo la puerta se movió. Unos ojos que relampagueaban detrás de unos gruesos lentes la miraron largamente. Después, la puerta acabó de abrirse dando paso a un hombre de unos treinta y cinco años, delgado y vacilante, que se quedó en el umbral sin atreverse a avanzar.

Claudine captó la presencia del extraño y contuvo los sollozos. Al volverse y descubrir al recién llegado se irguió, con lo que la precaria salida de baño descubrió un extenso panorama anatómico de soberbia belleza.

—¡Alfred! —exclamó.

—Lo... Lo siento, Claudine... Yo... Bueno, pasaba por aquí y...

—No te esfuerces, querido. Sé lo que sientes. Él lo ha hecho otra vez, ¿comprendes?

Alfred Saval, con toda su actitud de timidez, de aturdimiento, asintió lentamente.

—Lo... Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—He… —tragó saliva con dificultad. Se maldijo a sí mismo por aquel maldito carácter tímido y reservón—. He estado escuchando…

—Comprendo.

La mirada de él relucía tras sus gafas. No podía apartarla de la mujer que tan generosamente se ofrecía a su contemplación.

Sintió como si le faltase aire para respirar. De nuevo renegó de su timidez y apocamiento. Estaba muy pálido y de pronto enrojeció.

Ella quiso aclarar:

—¿Has visto salir a Raymond?

—Sí…

—¿Con el coche?

—Sí…

—Habrá ido a su despacho. ¡El maldito bastardo!

—¿Por qué… por qué le permites que te trate así, Claudine?

Esta se encogió de hombros desesperanzadamente.

—¿Qué puedo hacer, Alfred? Tú sabes mejor que nadie que no puedo rebelarme… También a ti te tiene amarrado, pobre amigo mío.

La expresión de Alfred Saval cambió. Sus facciones se tensaron y entrecerró los ojos.

—Fue demasiado listo para mí… Se apoderó de todo mi trabajo de años y años de investigación, de sacrificios y privaciones, de gastarme los ojos y el cerebro… y él se quedó con todo. Aún no comprendo cómo fui tan estúpido…

—Yo sé cómo sucedió, Alfred —musitó la muchacha—. Los contratos estaban trucados. Solo el que tú leíste, el de encima, era legal. Los demás estaban redactados de muy distinta manera.

Él asintió en silencio.

—Imaginaba algo por el estilo. No podía leer todas las copias entonces, y él y su abogado parecían tener mucha prisa…

—Lo mismo que hizo contigo ha hecho con otros. Solo que en tu caso te dio un empleo en sus oficinas de diseño.

—Director de la oficina —gruñó Alfred con amargo sarcasmo.

Se aproximó más a la mujer. Estaba otra vez muy pálido.

—¿Por qué te casaste con él, Claudine? —musitó.

—Prefiero no hablar de eso, querido. ¿A qué has venido, Alfred?

—Yo… este…

—¿Sí, querido —le animó—. ¿Por qué eres tan condenadamente apocado?

—No soy apocado, de veras que no, Claudine. Te juro que soy capaz de cualquier... de cualquier cosa... sea lo que sea. Pero a veces me falla la voz y...

—Bueno, olvídalo. Dime a qué viniste aquí precisamente hoy.

—Tengo unos documentos que Raymond debía firmar... Algo urgente... Los he traído.

Ella sonrió y le miró a la cara.

—Pero no se los diste cuando salió.

—No... Yo... —engulló aire a raudales y soltó de un tirón—: La verdad es que esos documentos eran un pretexto...

—¿Para qué?

Él desvió la mirada. Sentía un millón de potros golpear en su pecho al contemplar a aquella mujer y su reducido atuendo.

Pero encontró voz suficiente para confesar:

—Para verte.

Claudine sonrió otra vez dulcemente. Ella sabía eso desde el principio.

Se acercó a él sosteniéndose la salida de baño con una mano para que no se abriera.

—Estaba segura de eso, Alfred... querido. No sé por qué, pero siento una gran ternura por ti.

—¡Ternura!

—¿No te basta?

—¡No! Bueno, perdóname por levantar la voz, no quise... Pero nunca debiste...

Ella le cerró la boca con las puntas de sus dedos.

—Olvídate de el ahora —murmuró—. Olvídalo todo por un minuto...

—Lo único que tú sientes por mí es compasión, ¿no es cierto?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Creo que a mi manera te quiero —musitó—. Lo verdaderamente lamentable es haberlo descubierto cuando la cosa ya no tiene remedio.

—¡Cielos, Claudine...! —jadeó Alfred, ahogándose.

—¿Te sorprende? Estoy convencida de que estás enamorado de mí desde mucho antes de mi matrimonio. Solo el casarme con

Raymond hizo que pasaras casi un año sin verme. Fuimos unos estúpidos tú y yo por aquel entonces.

—O él fue más inteligente que los dos juntos... Hay veces que me asusto, Claudine.

—¿De qué?

—Del odio que experimento contra él... por lo que te hace a ti. Hubiera perdonado el despojo de que me hizo víctima... Te juro que casi llegué a olvidarlo. Pero lo tuyo es otra cosa...

—Comprendo.

—En realidad, el odio es un sentimiento pálido comparado con lo que siento... No hay palabras capaces de describir lo que me inspira Raymond... Me gustaría... Me gustaría destruirlo... Pero de tal manera que sufriera todos los tormentos del infierno...

Ella le miró recto a los ojos.

—¿Quieres matarlo? —susurró con voz suave.

Él se irguió.

—¡No! —exclamó con vehemencia.

Se hundió en una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.

Moviéndose como una pancera en la selva, Claudine fue a sentarse en el brazo de la buraca y le acarició los cabellos.

—Mi pobre Alfred... —dijo suavemente.

Él no replicó, y el silencio se prolongó durante unos eternos minutos.

CAPÍTULO II

Alfred Saval irguió la cabeza poco a poco. Su mirada brillaba reflejando un fuego contenido, un sentimiento arrollador como un huracán.

Tal vez un huracán de odio.

Con voz retenida, sorda, casi ronca por el raudal de emociones encontradas que le dominaban, dijo:

—Si le matara no sufriría absolutamente nada. Y lo que yo ansío es hacerle pagar todo el daño que te ha hecho a ti… y todas las humillaciones con que se ha complacido en hundirme en la mediocridad, apoderándose de mis fórmulas, estafándome y gozando al sujetarme bajo sus órdenes… Hasta cierto punto, es un placer sádico el que Raymond siente humillando a los demás.

—Lo sé… ¿Por qué crees que disfruta maltratándome?

Él asintió con un gesto. Lo comprendía perfectamente, y hubiera querido encontrar voz y palabras suficientes para expresar todo lo que ardía en su interior, todo lo que pensaba durante sus noches solitarias de insomnio…

Claudine se deslizó un poco por el brazo del butacón y sus dedos se enredaron entre los negros cabellos del hombre.

—¿Qué crees que podemos hacer, Alfred?

El aludido engulló saliva y aire desesperadamente, no por lo que pudiese implicar aquella pregunta, sino por la turbadora proximidad de la muchacha, cuyo cuerpo, terso y firme, de un suave color dorado por sus largas exposiciones al sol, se mostraba generosamente.

Cuando recobró la voz susurró:

—Llevo muchos meses pensando en eso, Claudine…

—¿En qué?

—En Raymond y… y lo que hacer con él…

—Sigue.

—No quiero hablarte de eso hasta que esté seguro de lo que debo hacer Pero me alegraría mucho saber que estarías a mi lado…

en cualquier circunstancia.

—Siempre, Alfred, hazas lo que hagas.

Él levantó la mirada y clavó en aquellas profundas pupilas que brillaban, todavía húmedas del reciente llanto. Algo estalló dentro de él y no pudo contener el impulso de alargar las manos y sujetarla por la cintura.

—Claudine… —balbució.

—¿Sí, Alfred?

—¿Tú crees que…?

—Sí.

Hubo de ser ella quien inclinase la cabeza. Sus labios que ardían rozaron los de Alfred, y el breve contacto fue para el inquieto y tímido muchacho igual que un latigazo en todos sus sentidos.

Se levantó sin dejar de aprisionarla entre sus manos.

—Claudine… yo…

Ella se limitó a sonreír. Por primera vez en su vida, Alfred tomó la iniciativa y la besó larga y ansiosamente.

Hasta que ella se apartó suavemente.

—Basta, Alfred… por favor…

—¿Por qué, Claudine? Te quiero… Lo sabías mucho antes de que te lo dijera… Raymond no se interpondrá más entre nosotros… Me lo ha arrebatado todo… Mi bienestar… la fortuna… mi propia vida es un infierno por su causa… Pero no dejaré que también me quite tu amor… no por más tiempo.

—¡Por favor… puede volver…!

Con dificultad, la idea se abrió paso en su turbada mente. Era cierto. Raymond podía regresar y solo imaginarlo le causó escalofríos.

Retiró sus manos de aquel cuerpo que turbaba sus amargas y solitarias noches. No era tiempo todavía.

Ella retrocedió hacia el diván y se acurrucó sobre él. Alfred dio un paso adelante, temblando.

—No, Alfred… —le atajó la muchacha—. Cuando no exista el riesgo de que él nos sorprenda…

Él gruñó:

—De acuerdo, sea como quieres. Te libraré de él…

—¡Alfred!

Casi se levantó de un brinco.

Él desvió la mirada por temor a que si seguía viéndola de aquel modo no pudiera contenerse.

Claudine balbució:

—¿Le... le matarás...? ¿Tendrás valor para...?

—Ya te he dicho que eso no. Sería demasiado benigno matarlo porque ese chacal merece mil muertes. Quiero verlo sufrir... humillado ante mí... ante nosotros. ¿Comprendes? Es la única manera de satisfacer el infierno de odio que se complace en provocar a su paso...

—No te comprendo... ¿Qué es lo que realmente piensas hacer?

Él sacudió la cabeza.

—Todavía no... Espera, por favor... He de ver a alguien y comprobar que mi idea es factible...

—Lo que tú digas, querido —musitó Claudine.

De pronto dio un respingo y miró el reloj que cantaba sus minutos de angustia desde la pared.

—¡Dios santo! Tengo que vestirme —exclamó—. Me esperan dentro de media hora.

—¿Quién?

—Mi hermana Danielle. Acuda de llegar de su largo viaje de vacaciones. Por teléfono hemos quedado citadas en el Flore. Perdóname. Alfred, pero...

—¿Quieres que te lleve? He dejado el coche en la calle posterior...

—Gracias, querido. Utilizaré el mío. No quiero que nos vean juntos demasiado a menudo.

—Muy bien, pero volveré a verte pronto, Claudine. Ahora, sabiendo que... que puedo amarte, yo...

—Sí, Alfred.

La besó largamente, sintiendo que la emoción le dominaba de tal modo que hubiera sido capaz de cualquier cosa por ella. Claudine separó los labios, le prodigó una ligera caricia en su pálido rostro y salió del salón casi corriendo.

Alfred permaneció allí unos minutos como perdido en un desierto. Después salió también con un revoltijo de ideas y proyectos zumbando en su cabeza.

Hasta su manera de andar era insegura, cual si temiera que el suelo pudiera hundirse bajo sus pies en cualquier momento...

CAPÍTULO III

—Resumiendo, que te divertiste horrores en tu viaje.

La voz de Claudine no pudo ocultar cierta amargura.

Danielle dejó escapar una risita de contento.

—Tú lo has dicho; horrores. Nunca imaginé que pudiera ser tan absolutamente feliz.

Danielle tenía unos años menos que su hermana Claudine. Eran muy parecidas, tanto en la perfección, turbadora y sugestiva de sus cuerpos, como en la belleza de sus rostros. Pero en el de Danielle había una expresión de rotunda vitalidad, una luz especial que lo convertía en una belleza irresistible, en el que relucían unos ojos rientes y tan azules como un lago de montaña. Sus labios, apenas maquillados, eran dulces y expresivos.

—¿Qué clase de hombres has conocido? —indagó Claudine.

—De todas clases. Altos, bajos, ricos, pobres, bohemios...

—Estoy a punto de envidiarte.

—Ya comprendo —saltó Danielle de pronto. Y una profunda arruga rompió la tersura de su frente—. No van bien las cosas con Raymond, ¿es así?

Claudine tuvo que realizar un heroico esfuerzo para sonreír.

—Te equivocas... Somos felices...

—No te creo. No puedes ser feliz con ese horrible marido que tienes.

—¿Qué manera de expresarte es esa?

—No me vengas con historias. Raymond es el tipo más horrible que he conocido en mi vida.

—¿Es que tratas de compararlo con los románticos caballeros que has frecuentado durante esos últimos meses?

—Tonterías. Yo en tu lugar no lo soportaría.

—Siempre has sentido profunda antipatía por él, ¿no es cierto?

—Por supuesto que sí. Lo mismo que él no puede verme a mí ni en pintura. ¿Y sabes por qué? Porque jamás me dejé dominar y le paré los pies cuando lo intentó.

—No me gusta que hables así, Danielle.

—Está bien, olvidémoslo —refunfuñó Danielle. Miró su reloj y dio un respingo—. ¡Rayos!

Su exclamación hizo volver la cabeza a los ocupantes de las mesas cercanas.

Claudine no pudo evitar un sobresalto.

—¿Qué manera de hablar es esta? —le reprochó—. No creo que tus fugaces amistades te hayan enseñado a expresarte de este modo.

—Bueno, no se trata de una amistad fugaz precisamente... Me dijo que estaría aquí a las cinco. Son las cinco y media casi y sigue sin aparecer.

—¿Y ese individuo te enseñó a jurar?

—Seguro que sí. Y apuesto que te gustará. Es el hombre más interesante que conocí en mi vida, aunque a veces se pasa de rosca.

Claudine la miró, preocupada.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó de sopetón.

—¡Qué va! —rio la muchacha—. Bueno, no demasiado por lo menos.

—¿Y él de ti?

—No lo sé. Es un solterón empedernido. Pero estoy segura que le gusto. No estoy del todo mal a los ojos de los hombres, ¿no crees?

Claudine sonrió con ternura.

—Sigues siendo una chiquilla —murmuró.

—Narices.

—¿Cómo, otra vez? Estas expresiones...

—Contagio, hermanita. André asegura que los juramentos se contagian tan rápidamente como la gripe.

—¿Se llama André?

—André Delmet. Es pintor. Ha celebrado varias exposiciones con un éxito rotundo. Tiene una personalidad arrolladora e infinidad de defectos, entre ellos la falta de puntualidad. Es lo más opuesto a los perritos falderos que estábamos acostumbradas a tratar tú y yo... antes que cometieras la locura de casarte.

Una sombra pasó por la mirada de Claudine.

De pronto, sin que ninguna de las dos advirtiera su llegada, un hombre se detuvo junto a la mesa. Su voz profunda y agradable exclamó:

—Pido perdón humildemente por mi retraso, Danielle. En

compensación, te permito insultarme con el léxico que te enseñé durante el crucero...

—¡André!

El aludido clavó sus ojos grises en Claudine y esta sintió un profundo estremecimiento. Era una mirada intensa, limpia y firme, pero que le producía la sensación de que estaba desnudándola, no solo del cuerpo, sino del alma, como si fuera capaz de penetrar hasta lo más recóndito de su mente.

Danielle hizo las presentaciones. El apretón de manos del pintor fue cálido y firme a un tiempo.

—Al fin puedo conocer a la hermana mayor —comentó, acercando una silla y acomodándose al lado de Danielle—. He oído hablar mucho de usted... Danielle siente una especie de veneración o algo así por su segunda madrecita.

Claudine no podía apartar la mirada de él, como fascinada por su vitalidad, por su carácter franco y leal, sin dobleces. Era un tipo muy agradable físicamente, bien desarrollado, tostado por el sol del Mediterráneo. A la mujer se le antojó que de él se desprendía cierto magnetismo animal, como si fuera capaz de irradiar una sensación contagiosa de seguridad en sí mismo.

Danielle dijo:

—No exageres tus dotes de seducción. Ella es casada, de modo que no empieces nada que no puedas terminar.

Claudine dio un bufido.

—¿Cómo te atreves a hablar así?

André rio.

—Está haciendo prácticas solamente. Una pelotera de vez en cuando la acostumbrará a la rutina del matrimonio.

Danielle se echó a reír. Claudine preguntó:

—¿Eso es una declaración de amor a mi hermana, o una petición de mano?

—¡Demonio! No se me había ocurrido enfocarlo desde ese punto de vista, pero ya que lo menciona habrá que pensar ambas posibilidades. No soy el tipo más recomendable de cara al altar, usted sabe.

Danielle comentó:

—Ya te lo dije, hermanita.

—Habrá que discutirlo con calma —rio André, mientras llamaba

a un camarero—. He decidido tomarme un mes de vacaciones después de mi última exposición en Roma. Tendremos tiempo de pensarlo, hacerlo y deshacerlo antes que vuelva a caer en el vicio de trabajar. Un whisky —pidió al mozo que se había acercado—. Doble, con hielo solamente.

Miró acusadoramente las dos tazas de té que las mujeres tenían sobre la mesa.

—Eso es un vicio tan retrógrado como el de trabajar —afirmó—. Una bebida decadente.

—¿Hay algo que no sea decadente en la actualidad? —murmuró Claudine.

—Creo que las dos tienen demasiado dinero —dijo él de pronto. Y añadió—: Aunque en el caso de Danielle la cosa tiene arreglo. Pensaré en eso también.

El camarero sirvió el whisky y dejó un cubito con hielo.

André estuvo preparándose la bebida a su gusto y después la saboreó. Lo hacía todo con la misma intensidad; beber, hablar... mirar a las dos mujeres.

—Tal vez haga un viaje a España —soltó de pronto.

—España —repitió—. Ya sabes, un país que se encuentra al otro lado de los Pirineos.

—¡No me digas! Estudié geografía en la escuela primaria. ¿Cómo se te ha ocurrido de repente esa idea?

—Quiero ver toros. Alguien me dio la idea de mi próxima colección... Pintar temas taurinos. Creo que por lo menos me documentaré. Aunque hacer el viaje solo es un aburrimiento.

—No cuentes conmigo —le espetó Danielle, alegre—. Recuerdo que en mi última visita a España asistí a una corrida y...

Estuve contando sus desventuras por espacio de un minuto, hasta que repentinamente se dio cuenta de que nadie la escuchaba. Claudine parecía hundida en sombrías meditaciones, y André no apartaba sus ojos de ella ni un segundo.

—¡Eh, chico! —exclamó—. ¿De nuevo te interesas por las casadas?

Claudine dio un respingo. Él murmuró:

—¿Qué le sucede a usted, Claudine?

Esta parpadeó.

—¿A mí? Nada, por supuesto ¿Qué le hace pensar...?

—Sus ojos.

—¿Cómo?

Él se limitó a esbozar un ademán. Después, como arrepentido de su indiscreción, murmuró:

—Lo siento, perdóneme.

—Bien, pero ¿qué ha visto en mis ojos?

Danielle le sujetó por el brazo obligándole a mirarla.

—Sí, André —le acució—. Explícate.

Él titubeó.

—Siempre me fijo en los ojos de los demás. Hombres y mujeres... Es muy difícil expresar en un cuadro la mirada de un ser humano, para que la pintura tenga toda la personalidad del modelo. Acaba por convertirse en un hábito...

—Todo eso puedo comprenderlo, pero quiero que me diga qué vio en los míos —insistió Claudine.

—Inquietud... Miedo tal vez.

—¡Absurdo! —exclamó la aludida. Pero su voz se le extinguió antes de lo que hubiera querido.

—Usted ha preguntado. Creo que hay miedo en su mirada. Y algo más... incertidumbre en su actitud. Creo que experimenta temor por algo o por alguien determinado.

—No... Por supuesto que no...

Danielle exclamó:

—¡Por el salvaje de tu marido!

—¡Danielle! ¿Cómo te atreves...?

André las observó alternativamente. Iba a añadir algo más, pero Claudine se le anticipó:

—No comprendo su sentido del humor. Además, me desagrada.

—Lo lamento. Me limité a responder a su insistencia.

Danielle insistió con voz apasionada:

—Me fastidia tu empeño en presentar a Raymond como un marido modelo, hermanita. Estoy harta de semejante comedia.

—Te dije que no me gustaba tu manera de expresarte... aunque te haya contagiado tu amigo.

—Espero serlo suyo también, Claudine.

Ella titubeó. Trató de sonreír, pero solo consiguió una mueca.

—Olvidado —dijo de pronto—. Y ahora he de dejarles. Tengo otro compromiso antes de la noche.

Tras las despedidas de rigor, se alejó sorteando las repletas mesas de la terraza. Una apretada multitud deambulaba por las aceras a aquellas horas del atardecer. Toda clase de tipos cruzaban ante la pareja: estrafalarios unos, cómicos otros… Terriblemente humanos todos.

—¿Por qué le dijiste eso a Claudine? —le reprochó Danielle de pronto.

—Bueno, he sido algo impulsivo.

—Temo que mi hermana no te perdonará nunca.

—Lo lamentaré mucho. Pero me interesa más tu perdón en este caso. ¿Sí?

Ella se echó a reír.

—Olvidado —aseguró—. Pero no intentes esos experimentos conmigo.

—Tú tienes los ojos más hermosos y limpios de cuantos vi en toda mi larga y pecadora vida.

—Gracias.

—Y ahora dime qué le pasa a tu hermana.

—¿Otra vez? Mira, André…

—Está asustada —la interrumpió él—. Tiene tanto miedo que incluso domina su mente.

—Te empeñas en hacer una montaña de un grano de arena.

—No es eso.

Danielle esperó algún otro comentario por parte de André, pero este se limitó a dar vueltas al vaso entre sus dedos y no dijo nada durante un buen rato.

Finalmente, fue la muchacha quien rompió el silencio, y lo hizo volviendo al tema que había conseguido inquietarla.

—André…

—Dime, nena.

—¿Crees que mi hermana teme que alguien le haga algún daño?

—Tal vez… Eso no puedo saberlo, no soy un adivino ni dispongo de una bola de cristal. Puede sentir miedo por ella, o por alguien a quién quiere. Incluso puede sentir temor por lo que ella pueda hacer.

—No sabes lo que dices —sonrió la muchacha—. Claudine es incapaz de hacer el menor daño a nadie.

—Estamos convirtiendo este tema en algo obsesivo —cortó él

bruscamente—. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—Cenar, supongo.

—Brillante idea. ¿Dónde, y a qué hora?

—Te permito que elijas. Otra concesión —añadió con ironía—. Estoy resbalando por un terreno peligroso.

—No te inquietes, yo estaré junto a ti para sostenerte si te caes.

Inclinándose, la besó fugazmente en los labios y luego dijo:

—Estaba deseando hacerlo desde que llegué…

—Eres una especie de troglodita. ¿No puedes portarte como un caballero aunque solo sea por una vez?

—Estoy dando toda una exhibición de civismo, querida. Si estuviésemos en otro lugar te demostraría qué es realmente un troglodita auténtico.

Llamó al camarero y abonó las bebidas.

Poco después se lanzaron a la calle, hundiéndose entre la espesa multitud, alegres como chiquillos, olvidados ya del miedo y todo lo que no fuera su propia juventud y vitalidad.

CAPÍTULO IV

Alfred Saval dio dos o tres vueltas por la plaza antes de encontrar decisión suficiente para entrar en el edificio. Sus piernas temblaban cuando entró en la sala de espera del médico y dio su nombre a la enfermera.

Mientras estuvo aguardando pasó revista mentalmente a lo que se proponía decir. Calculó las posibles respuestas del doctor Genner, y sus réplicas.

Notó un sudor frío en todo el cuerpo y le costó un enorme esfuerzo no levantarse y salir disparado del consultorio.

—El doctor le recibirá ahora, señor Saval.

La enfermera rompió sus ideas y le cerró la posibilidad de huir. La siguió hasta el despacho interior.

El doctor Genner igual podía tener sesenta que setenta años, pero sabía llevarlos y su impresionante porte casi apabulló al visitante. Alto y distinguido, sus cabellos canos formaban una aureola de distinción en torno a su rostro de facciones correctas y atractivas.

—Si no estoy equivocado, esta es su primera visita a mi consultorio, señor Saval. ¿No es cierto?

—Sí...

—Siéntese, por favor.

Tenía una voz cultivada que encandilaba a su clientela femenina, pero que a Alfred Saval se le antojó dura y llena de orgullo.

—¿En qué puedo ayudarle? ¿Qué es lo que va mal, señor Saval?

Este sacudió la cabeza.

—No... No estoy enfermo...

El médico arrugó el ceño.

—Bien, lo celebro —dijo, todavía afable—. Pero su visita debe obedecer a un motivo profesional, supongo.

—Sí... Es decir, no...

—Temo que no comprendo lo que desea de mí, si no es

consultarme respecto a su salud.

—Quiero consultarle… realmente… pero no sobre mi salud…

El médico suspiró, comenzando a impacientarse.

—Le ruego que sea lo más breve posible. Mi tiempo está medido al segundo, compréndalo…

Alfred Saval se concentró en el pensamiento de Claudine, en el cuerpo estatuario de Claudine y en el amor y el placer que ella significaba. Eso consiguió darle ánimos. Y la idea de que estaba a un paso de su venganza hizo el milagro de barrer parte de su innata timidez y se llevó el miedo que sentía al comprender todo el alcance del paso que estaba a punto de dar.

—Seré lo más breve posible, doctor… Lo único que le ruego es que no me interrumpa hasta el final, oiga lo que oiga. ¿Comprende?

—Ni una palabra. Y pienso si no serie mejor dar por terminada esta entrevista.

Saval dio un respingo.

—¡Oh, no! —exclamó—. Tiene que escucharme.

—Está bien, pero abrevie, se lo ruego.

De pronto, Alfred comprendió que todos los triunfos estaban en su mano. Fue una idea súbita y clara. No había motivo para sentirse atemorizado, ni tímido ni… Al diablo con todo. Era el dueño de la situación, sin duda alguna. Se había producido la esperada reacción.

Y comenzó a hablar pausada y serenamente.

—Necesito su ayuda, doctor, para realizar un proyecto que llevo meditando hace muchos meses. Por supuesto, usted será recompensado. Sé que ama el dinero por encima de todas las cosas…

—Estoy haciendo esfuerzos por comprenderlo. ¿Está usted seguro que no es un psiquíatra lo que necesita?

—No estoy loco, doctor Genner. Y usted me escuchará hasta el final… a menos que quiera tener infinitos disgustos.

—Presumo que eso suena a amenaza, señor Saval.

—Lo es.

—En este caso, lo mejor será que llame a la policía. No estoy acostumbrado…

—Está usted en su derecho de llamarla, naturalmente.

Un tanto impresionado, el médico alargó la mano hacia el teléfono. Sus largos dedos se cerraron en torno al auricular.

Saval dijo con calma:

—Al mismo tiempo, hábleles del doctor Martel…

El médico se echó atrás en el sillón como si acabase de recibir un golpe en el rostro. Su mano huyó del teléfono y la mirada que relampagueó en sus ojos contenía una gran dosis de pánico.

—¿Qué… qué ha dicho?

—Solo he pronunciado un nombre. El de un médico llamado Martel. Consta en todos los ficheros de la policía de Europa. Los agentes del judío Whiessental darían la mano derecha por echarle la vista encima, a pesar de que la creencia general es que murió poco después de terminar la guerra. Pero no han olvidado que el doctor Martel colaboró con los médicos nazis en sus sanguinarios experimentos de los campos de exterminio… Hizo auténticas maravillas con los desgraciados que pusieron en sus manos… El bueno del doctor Martel.

—¡Cállese!

Una gran seguridad se extendió por todo el sistema nervioso de Saval. Por primera vez en su vida tenía a un ser humano en sus manos. Podía hacer lo que quisiera con él, jugar con su futuro, destruirlo o concederle la gracia de vivir.

—Cálmese. Todo se reduce a que yo sé que el doctor Martel, de nefasta memoria, buscado por criminal de guerra, sentenciado a muerte en rebeldía, rastreado por todo el mundo por los agentes secretos judíos, y el aristocrático doctor Genner son una misma persona.

El médico pareció envejecer de repente cien años. De golpe y porrazo, su siniestro pasado le saltaba a la cara con todo su terrible significado. Después de aquellos años de paciente labor, de ejercer la medicina con plena honestidad, rehabilitando una personalidad marcada por el más espantoso de los crímenes, todo se volcaba sobre él para destruirle y destruir su obra, su alta posición social y su fortuna.

—¿Qué… qué quiere de mí? —balbució con un hilo de voz.

—Es usted inteligente, doctor. Ni siquiera se le ha ocurrido representar el papel de hombre ofendido. No pretende negar la verdad de cuanto le he dicho.

—Le ruego que se deje de rodeos. Usted tiene mi vida en sus manos. Muy bien. En el fondo de mi mente siempre existió la

certeza de que alguna vez sucedería esto. ¿Cuál es su precio, señor Saval?

—Se equivoca, doctor. Antes le he dicho que sería usted recompensado por su trabajo. No pretendo cobrarle nada por mi silencio.

—Entonces, no comprendo qué pretende de mí.

—Voy a decírselo. Escuche bien porque no me siento con decisión suficiente para repetirle la historia más de una vez...

—Le escucho...

—Hay un hombre al que odio con todos mis sentidos. Es un sentimiento tan profundo, tan lacerante el que siento, que el odio realmente es poco para que usted comprenda lo que él me inspira. No voy a contarle la historia de ese bastardo. Es una historia sucia, vil, plagada de estafas, de iniquidades. Ha arruinado a sus propios amigos, a hombres que confiaron en él como yo mismo...

—Y bien, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Quiero vengarme.

El doctor Genner creyó comprender y se puso rígido.

—¿Se propone suprimirlo? ¿Por eso ha acudido en mi busca?

—Es más complicado que todo eso, doctor. Si se tratara solamente de matarlo lo hubiera hecho yo solo hace ya mucho tiempo. Pero una muerte rápida sería demasiado cómoda para él, ¿comprende?

El médico murmuró:

—Quisiera no tener que comprenderle.

—Lo creo.

—Concretamente, ¿qué es lo que usted quiere?

—El hombre del que le hablo es un sádico en todos los aspectos de su personalidad. Goza con el dolor ajeno, disfruta escarneciendo a los demás, especialmente a los que confiaren en él... Bien, la única manera que se me ocurre de que un hombre de estas características sufra todos los tormentos del infierno es viéndose impotente, encarnecido y burlado, humillado en lo que más pueda dolerle. ¿Estoy en lo cierto?

Genner cerró los ojos y los volvió a abrir un instante después con la fútil esperanza de que todo aquello fuera una pesadilla, un mal sueño pronto a desvanecerse. Pero no, el visitante estaba allí, rígido en su butaca, mirándole con ojos chispeantes.

—Sí —respondió con voz ronca—. Psicológicamente, esa es la única manera de que un hombre de las singulares inclinaciones del que me ha descrito padezca horriblemente.

—Bien, ya vamos avanzando algo. Se me ocurrió que la manera de humillarlo, escarnecerlo y burlarse de él en sus mismas narices es arrebatándole todo lo que él ha amasado, todo lo que ambiciona, empezado por su propia esposa, a la que golpea y escarnece continuamente. ¿Me sigue, doctor Genner?

El médico asintió con un gesto. Sentís un extraño pánico que no tenía nada que ver con el hecho de haber sido identificado por aquel demente que desgranaba su historia sentado en aquella butaca, tan rígido como una tabla.

—Para conseguir todo eso, doctor, es preciso que él esté impotente, de lo contrario acabaría conmigo con sus propias manos. Usted le proporcionará esa impotencia total y absoluta.

—¡Está usted loco! ¿Cómo quiere que yo…?

—Usted encontrará el medio de dejarlo totalmente imposibilitado. He oído hablar de drogas poderosas capaces de paralizar un cuerpo humano por fuerte que este sea. Usted experimentó con los desgraciados de los campos de concentración. Esa experiencia le será valiosa ahora.

—¡Pero eso es mi ruina! ¿No quiere comprenderlo? He rehecho mi vida, ejerzo la medicina con toda honestidad… He logrado enterrar el pasado… No puede destruirlo usted todo de un soplo, solo porque el odio le ciega…

—No ha conseguido enterrar su pasado lo bastante hondo para que no pueda ser desempolvado. Obedecerá mis órdenes, de lo contrario le denunciaré a los hombres de Whiessental. Desde Viena enviará a sus esbirros y usted estará acabado. ¿Qué decide?

El médico hundió la cabeza entre los hombros, abatido.

—Creo que no tengo opción alguna…

—De acuerdo entonces. Será recompensado por su trabajo.

—Cuénteme el resto —dijo el doctor Genner, desalentado, vencido, hundido en un mar de temores.

—No hay más que contar. Usted decidirá qué hay que hacer para que ese hombre quede totalmente paralizado, inútil e indefenso.

Genner cerró los ojos y reflexionó profundamente. Si debía

volver a ejercer criminalmente su ciencia, lo haría con todos los sentidos alerta, dispuesto a sacar el máximo provecho de aquel riesgo infinito que se abría ante él. No se jugaría la vida sin un provecho sustancioso.

—Puede hacerse —murmuró.

—¿Cómo?

—Existe cierta fórmula capaz de paralizar a un hombre... aunque debe ser administrada regularmente por un experto, en dosis infinitamente pequeñas, de miligramos. De no hacerlo así...

—Sí, doctor, ¿qué sucede si se administra erróneamente?

—Bien, en el caso de no ser administrada con regularidad sus efectos tienden a desaparecer. Si se inyecta una dosis excesiva el paciente muere en un minuto... Y las dosis regulares, para mantener sus efectos, deben ser cuidadosamente calculadas cada vez, puesto que el organismo tiende a aceptar la mezcla y por consiguiente debe ser aumentada en la proporción requerida en cada ocasión.

—Bastante complicado, ¿no cree?

—Es el único medio que conozco.

—Aceptado, si eso ha de mantener al «paciente», como usted dice, paralizado.

—Totalmente. Lo único que tiene vida en él son los ojos. El resto del cuerpo es el de un cadáver.

—Aja. Eso es lo que necesito. ¿Cuánto tiempo se puede prolongar el estado de parálisis con sus dosis progresivas?

—No lo sé con exactitud. Quizá un año, aunque dudo que pueda nadie soportarlo tanto tiempo.

—Excesivo. Con dos o tres meses será suficiente para que sufra todos los tormentos del infierno. Llegará un momento que deseará morir de una vez para escapar a su tortura.

—Es imposible imaginar lo que un hombre en semejantes circunstancias sufrirá. Hay que tener en cuenta que experimentará espantosos dolores en todo el cuerpo. Sus músculos sufrirán horribles calambres y no tendrá ni siquiera el consuelo de gritar su dolor...

—¡Magnífico! ¿Qué droga es la que empleará, doctor?

El médico se pasó la mano por el rostro.

—Es una mezcla de varias drogas mortales... ¿Ha oído hablar de la muscarina? Es una substancia que se obtiene de cierta especie de

hongos venenosos...

—Estaba convencido que la muscarina era un veneno mortal de necesidad.

—Lo es... en cierta medida. Una pequeña parte de curare, más que una ínfima cantidad de la menciona muscarina y poco más... es todo lo que se necesita. Ambos venenos actúan por parálisis, es decir, agarrotan los nervios y músculos del cuerpo humano y, naturalmente, en dosis suficiente, paralizan los músculos del corazón, con lo cual se produce la muerte. Pero manejados esos venenos con el cuidado necesario, inyectados de la forma que necesitamos, paralizan también los nervios y los músculos del cuerpo, empezando por el simpático, de tal forma que el hombre queda convertido en un tronco rígido.

—¿Y no afecta a su corazón?

—En las primeras horas siguientes a su administración causa fuerte arritmia, palpitaciones y una leve sensación de ahogo. Luego, eso desaparece.

—Perfecto —aprobó Setal, extrañamente excitado—. ¿Existe la más mínima probabilidad de que el «paciente» consiga recobrarse aunque sea por accidente?

—Ni la más remota.

—Está bien, usted preparará todo para actuar cuanto antes. Después de tres meses de parálisis, cuando sus conocidos y empleadas se hayan acostumbrado a la idea de la parálisis, una dosis un poco más fuerte y usted firmará el certificado de defunción. ¿Conforme, doctor?

El médico asintió con un resto. Saval añadió:

—En cuanto a sus honorarios, creo que cincuenta mil francos fuertes serán suficientes. La mitad después de la primera inyección. El resto, cuando su «paciente» haya sido enterrado. Teniendo en cuenta que podría obligarle a trabajar gratis, creo que está bien pagado...

—De acuerdo —aprobó Genner con voz cansada—. Es la primera vez en mi vida que me enfrento a un caso semejante... donde el odio turba la mente hasta esos excesos...

—No dramatice, por favor. Estoy acostumbrado a encajar golpes, doctor, pero llega un momento en que uno se cansa de recibir la peor tajada. La cosa viene de lejos... De mis tiempos de colegio...

—¿De veras?

—Verá… todos los demás chicos se atrevían conmigo. Me maltrataban solo para divertirse. Si alguna vez intenté defenderme me golpearon hasta el agotamiento… Jamás supe luchar. Yo era el más débil de la clase… Bien, entonces comencé a pensar en la manera de devolver los golpes mediante el cerebro en lugar de los músculos de que carecía…

—Comprendo…

—¡No puede comprenderlo! Era un infierno continuo… Hasta que ideé infinidad de triquiñuelas, aprendí a aguardar mi oportunidad, mordiéndome los puños de rabia… hasta que con mis ingeniosos medios conseguía causarles el mayor daño posible.

—Ya veo…

—Y no me salga con la historia de que es un caso para el psiquiatra. No creo en estas estupideces. Ahora, determine usted la última parte del plan y manos a la obra.

Se echó atrás en el sillón, encendió un cigarrillo y escuchó cómo el doctor Genner, exmédico de los campos de exterminio, comunicaba con su secretaria dando por anuladas sus citas para el resto del día, y despidiéndola hasta la mañana siguiente.

Alfred Saval se sentía fuerte y poderoso. Y era una sensación tan agradable que sintió tentaciones de reír a carcajadas.

Un hombre había sido condenado a una muerte espantosa.

CAPÍTULO V

Sentada ante el volante de su rojo «Ferrari» descapotable, Danielle consultó su reloj de pulsera por centésima vez. No pudo evitar un mohín de disgusto ante la larga espera.

Encendió un cigarrillo, ignorando las voraces miradas que caían sobre ella al paso de los viandantes. Expelió el humo con fuerza, semejante a una caldera a presión.

En aquel instante, la voz de André dijo, al lado del coche:

—Estás más adorable que nunca. Y tu coche me gusta casi tanto como tú, nena.

—¡Maldita sea! ¿No puedes ser puntual ni una sola vez?

—Estuve muy ocupado. Empieza a despertarse mi otra personalidad.

Abrió la portezuela y se deslizó a su lado. La besó largamente y ella olvidó su resentimiento y todos los reproches que había acumulado durante la larga espera.

Sonaron algunas risitas a su alrededor. Alguien se detuvo en la acera y les miró descaradamente.

André se echó atrás y refunfuñó:

—Cuando vengas en mi busca, primor, será conveniente que lleves el coche cubierto. Estamos dando un espectáculo en la vía pública.

Danielle sacó el coche del estacionamiento, lo metió en la riada de tráfico y preguntó:

—¿Qué era eso de tu otra personalidad?

—El doctor Jekill y míster Hide; ese soy yo.

—Enséñame tus colmillos de lobo...

—¿No los notaste cuando te besé?

—Estuve muy ocupada entonces.

—Bien, hablé con el director y propietario de la sala de exposiciones. Quiere que le llene una de sus sesiones con temas taurinos. La idea me agrada... y necesito ganar dinero. Mucho dinero, y pronto.

—¿Por qué esa urgencia?

—Si he casarme contigo habré de cubrir todos los gastos. No quiero depender de tu dinero. El papel de príncipe consorte está bien en Inglaterra, pero particularmente es un papel que detesto.

—Eres un estúpido engreído.

—Ya lo sé.

Ella esquivó un enorme autobús y dobló una esquina, para entrar en el *boulevard* De La Gare, atravesar el Sena y dirigirse hacia el Bois de Vincennes y Saint Mandé.

Aceleró un poco y el rojo bólido avanzó como un rayo en mitad del tráfico.

André se recostó en el asiento y dijo:

—Volviendo a lo que me dijiste por teléfono, ¿crees qué es adecuado que yo vaya a ver a tu hermana en las presentes circunstancias?

—Por supuesto que sí.

—Realmente, ¿tu cuñado está tan mal como aseguras?

—Está peor —afirmó ella lúgubremente.

—¿Le has visto personalmente?

—Claro, ayer tarde. Está totalmente paralizado. Produce escalofríos, André, créeme. Un hombre de su vitalidad, y de súbito convertido en un inútil... Solo sus ojos tienen vida, y su mirada es aterradora, como si acusara a todo el mundo de su desgracia.

—¿Estás segura que no exageras, querida?

—Lo verás por ti mismo.

—¿Qué opinan los médicos? Debe existir algún medio de aliviar a un enfermo de esta clase.

—Conocí también al médico que le atiende, un tal doctor Genner. Un hombre muy agradable y eficiente. Sin embargo, le aconsejé a Claudine que consultase con un especialista. ¿No te parece que es una idea acertada?

—Seguro. ¿Cómo lo tomó el doctor Genner?

—Estuvo de acuerdo. Dijo que citaría para hoy al doctor Lefaix, una verdadera eminencia en esta especialidad.

—He leído sobre él. Realmente, se le considera un genio de la medicina.

Danielle suspiró.

—Ojalá consigan curarle pronto, aunque solo sea por Claudine.

—¿Saben que vamos a visitarles esta tarde?

—Naturalmente.

—¿Le hablaste a Claudine de nuestros proyectos?

—Sí, y se alegró muchísimo.

—Tengo mi racha de suerte, no cabe duda. Aunque las circunstancias actuales no son las más ideales para pedir tu mano, creo que de cualquier modo no podré eludir mi destino…

—No seas tonto. Te cacé y no voy a soltarte tan fácilmente.

Condujo por la avenida Daumesnil y detuvo el coche ante la verja de la propiedad rodeada de jardines donde vivían los Dumarais. Un mecanismo electrónico descorrió la reja y Danielle llevó el coche hasta la entrada de la amplia residencia.

Claudine acudió a recibirlos. Estaba terriblemente pálida y parecía muy cansada.

Apenas se habían saludado cuando tres hombres aparecieron en la puerta hablando en voz baja. André les dirigió una curiosa mirada, mientras Claudine se apartaba de ellos para despedirse de uno de los individuos, un hombre alto y delgado, distinguido, vestido de oscuro y que empuñaba un ligero maletín negro.

Danielle aprovechó para decir:

—El más viejo es el doctor Genner, querido… El otro delgado, con gafas, se llama Alfred Saval; es el director de la oficina de diseño de las industrias de Raymond…

—¿Y el otro?

—No lo sé… Parece un médico.

—Tal vez el doctor Lefaix.

Le vieron alejarse y tomar uno de los coches estacionados en la explanada, bajo los añosos robles del jardín.

Claudine efectuó las presentaciones. Luego explicó:

—El caballero que acaba de irse era el doctor Lefaix…

André les siguió a todos hasta un pequeño salón interior.

Claudine le sujetó por el brazo, reteniéndole mientras los demás les precedían.

—Danielle me dijo que iban a casarse…

—Es cierto, Claudine.

—Me alegro, sinceramente, André, me alegro mucho. Es una chiquilla que merece ser inmensamente feliz. Le felicito.

—No cabe duda que merezco sus felicitaciones Soy el tipo más

afortunado de la Creación…

Al alcanzar a los otros en el salón. Danielle preguntaba al doctor Genner sobre la opinión del médico que acababa de visitar al enfermo.

Genner dijo:

—Ha coincidido conmigo en el diagnóstico… extremadamente pesimista.

—De modo que no hay esperanza… —murmuró Danielle.

—Mi querida señorita, nunca hay que perder la esperanza. Aunque en este caso, si hemos de abrigar alguna, nos llevará mucho tiempo confirmarla.

Poco después penetraron en la sala donde permanecía el enfermo. André se detuvo ante aquel hombre reducido a la impotencia, mirándolo estupefacto, mientras algo helado culebreaba por su sistema nervioso.

Danielle había tenido mucha razón; aquellos ojos estremecían. Sintió la mano de la muchacha oprimir la suya con fuerza, pero, como fascinado, no apartaba su mirada del paralítico.

Raymond Dumarais estaba sentado en un sillón de ruedas. Iba vestido con un pijama y por encima de este llevaba una bata casera que abrigaba sus inútiles piernas. Las manos, inertes, las tenía posadas sobre los brazos del sillón y su cabeza permanecía rígida y tiesa sobre su grueso cuello, como sujeta a un cepo por la nuca. La boca, entreabierta e inmóvil, dejaba escapar una débil y silbante respiración.

Pero los ojos…

Los ojos estaban vivos, terriblemente vivos, aunque parecían velados y húmedos semejantes a los de una serpiente.

Claudine rompió el silencio con voz ronca y vacilante.

—Este es André, Raymond… Va a casarse con Danielle y… y ha querido conocerte… Quiero decir que… que…

—Calla, Claudine —supliré Danielle—. No debe tener muchos deseos de visitas.

Los ojos del paralítico se agitaron, destellantes bajo su extraño velo. André avanzó un paso en dirección al enfermo. Había visto muchas cosas espeluznantes en su vida, pero jamás una mirada semejante.

El médico se deslizó a su lado y explicó con voz queda:

—Se dan poquísimos casos como este, con una parálisis total y fulminante. El propio Lefaix ha quedado maravillado. Vendrá diariamente para estudiar el caso de cerca.

—Es impresionante —reconoció André—. Sus ojos son terribles.

—Hay que tener en cuenta que el paciente sufre horribles dolores musculares. Aparte de que él era un hombre muy activo, agresivo dentro de su incesante actividad. Verse ahora imposibilitado, inútil, dele producirle un violento resentimiento contra todo el mundo. Estoy seguro que en su mente, culpa a todos los que le rodean de su desgracia.

—¿Por qué?

—Es una reacción típica en esta clase de enfermos.

André volvió su atención al paralítico. Sintió un escalofrío porque los ojos estaban terriblemente fijos en él, ardientes como brasas.

Pensó que el médico tenía, razón. Era odio lo que se agitaba en el fondo de las dilatadas pupilas… Un odio inmenso, estremecedor.

De pronto notó una extraña inquietud. Había algo más en aquella mirada. Acostumbrado a escrutar la mirada de sus modelos para reflejar en sus pinturas la personalidad del sujeto, André captó como una súplica en aquellos ojos que le miraban fijamente, cual si pidieran clemencia.

¿Por qué clemencia? Era absurdo.

Procuró apartar la mirada de aquella cara rígida como una máscara. Danielle se colocó a su lado y musitó:

—Sácame de aquí, André.

—Espera un poco. No sería correcto marcharnos tan precipitadamente.

Encendió un cigarrillo y miró a su alrededor. Alfred Saval y el doctor estaban en un extremo de la estancia hablando en voz baja. Claudine se había acercado al ventanal y miraba al jardín con actitud rígida y tensa.

Y el paralítico, allí, mirándole con aquellas pupilas espantosas.

André volvió a dejarse prender por el influjo de los ojos. Le pareció que entonces estaban en calma, cual si hubieran agotado las fuerzas para expresar más odio.

En aquel instante, Claudine dejó su observatorio y atravesó la estancia para ir a prepararse una bebida. Instantáneamente, tan

pronto cruzó ante el enfermo, la mirada ardió con una llamarada mortal y André casi pegó un salto en la butaca.

Ahora estaba seguro de no equivocarse. Los ojos cambiaban de expresión según quien estuviera ante ellos.

Esperó, intrigado. Nada sucedía. Entonces pidió a Danielle:

—Ve a reunirte con los demás por favor.

—¿Por qué?

—Haz lo que te digo.

Ella se apartó y fue a reunirse con su hermana. André tenía la mirada clavada en el paralítico.

Los ojos de este captaron la imagen de Danielle, pero nada se agitó en ellos como no fuera aquella expresión suplicante, de perro apaleado.

Se levantó para reunirse con las dos mujeres. Sintió casi un contacto físico cuando los ojos cayeron sobre él, y eso le dio una idea.

—Doctor Genner, por favor...

Esperó a que el médico se acercara. Quedaron frente al enfermo y a André no le cupo ninguna duda de que una vez más el odio bullía en el fondo de aquellos ojos.

—Se me ha ocurrido... ¿Cómo pueden comprender los deseos del enfermo?

Los ojos parpadearon.

Genner murmuró:

—Temo que no comprendo...

—Lo expresaré de otra manera... Raymond Dumarais deberá sentir apetito... o deseos de beber de vez en cuando. ¿Cómo podría expresarlo?

—No puede, evidentemente —repuso el doctor Genner un tanto secamente.

—Escuche, doctor, no deseo inmiscuirme en su terreno, pero se me ocurre que habría una manera de que él pudiera pedir, o al menos indicar, lo que necesita, ¿no?

—¿Cómo?

—Mediante sus ojos. Observo que puede mover los párpados. Por ese medio podrían entenderse ustedes con él.

Claudine contuvo una exclamación. Ella y Saval se aproximaron al grupo, seguidos por Danielle.

El enfermo permanecía materialmente pendiente de las palabras de André.

El médico asintió con un gesto.

—Comprendo adonde quiere usted llegar —dijo—. Si no estoy equivocado, lo que usted pretende solo es posible si se le ofrece a él por adelantado su posible deseo…

—Exacto.

—No creo que dé ningún resultado.

André dio un vistazo al paralítico. Lo que vio en sus ojos fue un misterio, pero insistió:

—Si me permite, doctor… podríamos realizar una prueba.

—Adelante, no veo ningún inconveniente.

Se acercó a Raymond Domarais, tomó una silla y se colocó frente a frente de aquella mirada estremecedora,

—Voy a hacer una prueba con usted, Dumarais… Entienda que solo trato de aliviarle. ¿Me comprende usted? Parpadee varias veces si alcanza el significado de mi propósito.

Los ojos parpadearon insistentemente.

—Ajá, estupendo —exclamó André—. Vamos a proceder con método. Para responder sí cierre dos veces los ojos; para decir no, ciérreles solo una vez. ¿Entiende?

Los párpados se cerraren dos veces.

André sonrió.

—No está usted tan mal como cree. Practiquemos un poco… ¿Desea comer algo?

Un parpadeo. No.

—Está bien, ¿le apetece beber?

Dumarais cerró y abrió dos veces los ojos.

—Sí —exclamó André—. Perfecto. Ahora se trata de averiguar qué clase de bebida desea…

Se volvió. Con un ademán, pidió a Claudine que se acercase.

Ella titubeó y miró al doctor Genner. Este esbozó un gesto de asentimiento. Despacio, se aproximó a su marido y a André.

Las pupilas de reptil de Raymond Dumarais brillaron nuevamente con un infierno de odio y rencor agitándose en ellas. André se sobrepuso a la desagradable sensación que experimentaba y habló con voz bastante alta para ser oído por el paralítico.

—Tú debes conocer los gustos de Raymond, Claudine; ¿qué

bebidas prefiere?

—Coñac… A estas horas, cuando estaba en casa, solía tomarlo con *selz*…

Se volvió hacia Raymond.

—¿Quiere coñac con *selz*?

Dos parpadeos: Sí.

—Aja, parece que nuestro método da resultado. Ahora solo falta que nuestro buen doctor no oponga su veto a la bebida…

—Ninguno, en absoluto.

Claudine se apartó para preparar la bebida. Satisfecho, André se disponía a ir en busca de Danielle cuando de nuevo se sintió sujeto por el irresistible influjo de aquella mirada.

Estuvo a punto de soltar un juramento. ¿Qué demonios latía en aquellas pupilas?

Una súplica… Eran ojos implorantes. ¿Qué podía desear de él?

Al fin logró sustraerse a semejante lazo y fue a reunirse con la muchacha y los dos hombres, que habían permanecido a cierta distancia.

Alfred Saval tartamudeó:

—Es usted muy… muy… inteligente, señor Delmet… A ninguno se nos… había ocurrido lo… lo que usted ha hecho.

Se despidió de todos llevando a Danielle de la mano. Una vez más se detuvo frente al enfermo y dijo:

—¿No le molestará que vengamos a verlo alguna otra vez, Raymond?

Este dijo que no mediante el parpadeo, pero en sus ojos seguía ardiendo aquella extraña súplica, como pidiendo que no se fueran, o tal vez que vinieran muchas otras veces. André no consiguió captar el completo significado de la mirada.

Y mientras regresaban al centro de París, a bordo del rojo bólido de Danielle, continuaba sintiendo sobre él la inquietante fiereza de unos ojos que tardaría mucho tiempo en olvidar.

CAPÍTULO VI

—No me gusta nada que ese hombre haya metido las narices aquí —refunfuñó el doctor Genner.

Saval se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—No lo sé, es solo una impresión. Estaba demasiado pendiente de ese tipo —dijo, señalando a Raymond Dumarais, cuya mirada, desde el sillón, era un volcán de odio.

—No tiene importancia —refunfuñó Saval—. Se ha limitado a tratar de aliviar a su futuro cuñado, eso es todo.

Claudine susurró:

—Es un hombre inteligente André. Si llegase a sospechar...

—¿Sospechar? No seas tonta, querida. Además, él ha visto salir de aquí al que cree doctor Lefaix, una eminencia reconocida mundialmente. Eso forzosamente debe haberle infundido la creencia de que se trata de un ataque de parálisis y nada más.

Genner dijo con ironía:

—¡Qué tipo! Hemos acertado con él... Incluso yo llegué a creer que se trataba realmente de un médico... ¡Vaya actor que se perdió la escena!

Alfred Saval se desentendió del médico, volviéndose de cara al paralizado Dumarais.

—¿Cómo te encuentras esta tarde, querido Raymond? —le espetó, sarcástico.

Raymond Dumarais le miraba de aquella manera aterradora, pero la euforia de Saval era tanta que ni siquiera el odio insano y salvaje de aquellas pupilas logró impresionarle. Sentía una euforia desbordante por lo que consideraba el mayor triunfo de su vida.

El doctor Genner soltó un gruñido y abandonó el saloncito.

Saval insistió:

—¿No quieres robarme ninguna otra fórmula, Raymond? Quizá te gustaría arrebatarme la de la droga que te ha vencido, ¿eh?

De la contraída garganta del paralítico brotó una especie de

ronco estertor, mientras el velo que cubría sus ojos se humedecía y sus pupilas parecían arder al rojo viro.

Claudine murmuró:

—Déjalo, Alfred. No puedo soportar su mirada…

—¿Dejarlo en paz, después de todo el daño que nos hizo? ¡No, maldita sea! Ven aquí.

Ella se aproximó a regañadientes. Saval la tomó por la cintura, enfrentándola al paralítico.

—¡Mírala bien, Dumarais! —rugió—. Mírala, porque es lo único que podrás hacer de ahora en adelante, hasta que mueras. Ya no podrás golpearla más, ni escarnecerla… Ahora será mía, bastardo… Tan pronto mueras se casará conmigo, ¿entiendes? ¿Entiendes, puerco?…

Raymond Dumarais, impotente, inutilizado incluso para desviar la mirada, los vio besarse y luego salir de la estancia. Creyó volverse loco. El estertor de su garganta se hizo más violento. Todos sus nervios muertos intentaron arrancarle del sillón de ruedas, su cerebro le aullaba una orden tras otra, ansiando matar… pero el cuerpo continuaba inmóvil, muerto.

Dentro de él, sollozó como un niño. Olvidó los dolores de infierno que sentía en todo su inútil cuerpo. Olvidó la muerte que le habían anunciado para dentro de dos o tres meses, para concentrar toda su capacidad de odiar en aquellos dos seres que le escarnecían, que le habían condenado a esa muerte en vida, deseando destruirlos entre sus propias manos.

Notaba en su cuerpo inútil el esfuerzo de su voluntad de hierro para levantarse y andar, y ese esfuerzo le dolía con sensaciones de agonía infinita, y no podía mover un solo músculo… y no podía matarlos solo con la mirada.

Pero su mirada servía para algo. Aquel desconocido había sabido interpretar sus deseos… Si pudiera estar a solas con él encontraría la manera de hacerle comprender el espantoso drama a que le habían condenado…

Cerró los ojos, agotado de tanto dolor y tanto odio. Otra vez más se esforzó por moverse. El esfuerzo emanaba de su cerebro, pero resultaba totalmente inútil, solo servía para hacerle sufrir más.

Cuando volvió a abrirlos, vio ante él al médico responsable de todo lo que le sucedía. El doctor Genner estaba allí, erguido,

mirándole con el ceño fruncido. ¡Si pudiera aplastarlo...!

Entonces, Genner dio media vuelta y se alejó, escapando de su campo de visión. Raymond Dumarais dejó de luchar con sus músculos inútiles y se abandonó a tétricos pensamientos. Por primera vez pensó en la muerte... y casi la deseó como se desea una amante.

Casi solamente. Antes de morir ansiaba la venganza por encima de todas las cosas.

* * *

El rojo «Ferrari», se detuvo ante un guardia, envuelto por una marea de otros vehículos. La muchacha preguntó, siguiendo con lo que habían estado hablando:

—¿Tanto te impresionó?

—Confieso que sí, cariño. Jamás había visto nada igual. Aquella mirada terrible...

El guardia les dio paso y la muchacha dedicó su atención a conducir sin estrellarse contra los demás coches que se apretujaban a su alrededor.

André murmuró:

—Otra cosa que me molesta es ese médico...

—¿El doctor Genner?

—No, el doctor Lefaix... Tengo la sensación de haberlo visto alguna vez en otra parte.

—Quizá le hayas visto realmente. Tratándose de una eminencia es fácil, en algún noticiario, o en una de tus exposiciones.

Él se encogió de hombros y calló, pero en su mente continuó dándole vueltas a la molesta sensación de no poder captar una imagen que danzaba en su subconsciente de manera obsesiva.

Poco después, Danielle indagó:

—¿Adónde piensas llevarme esta noche, querido?

—Hoy te cedo la batuta. Elije.

No obtuvo respuesta. Minutos después volvió la cabeza y el perfil de la mujer que amaba se le antojó el de una diosa del amor creada únicamente para él.

—¿Tanto te cuesta decidir, conejita?

—He decidido ya.

—¿Y bien?

—Vendrás conmigo a mi paraíso azul.

—¿«Tú» paraíso azul?

—Exactamente; mío.

—Conforme. Si es un paraíso para ti también lo será para mí.

—Estoy segura.

Encendió las luces del coche porque empezaba a anochecer. De pronto, él exclamó:

—¡No consigo recordarlo, maldita sea!

—¿Acordarte de qué?

—De dónde vi al doctor Lefaix anteriormente. No puedo soportarlo. Cuando hay algo que se me resiste me pongo frenético.

—Olvídalo. Oye, voy a dejarte el coche porque quiero hacer algunas compras antes que cierren las tiendas. Llévatelo y ven a casa a buscarme después de las nueve. ¿Conforme?

—¿Y me llevarás a ese paraíso?

—Sí.

Él estuvo de acuerdo. Se besaron apretadamente cuando la muchacha detuvo el coche en una esquina. Después se apeó, perdiéndose entre la multitud.

André condujo sin prisas hacia su propio estudio. En su mente, de forma obsesiva, seguía planteado el problema que le intrigaba.

Finalmente, estacionó en un hueco cerca de un bar, entró en este y se encerró en la cabina telefónica. Consultó la guía, marcó un número y aguardó.

No tardó en obtener respuesta. Una voz femenina dijo con acento profesional.

—Consulta del doctor Lefaix. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera hablar un instante con el doctor, señorita. No le entretendré más de un minuto.

—Lo lamento, el doctor está ausente de París. No regresará hasta mañana por la tarde. De todos modos, si desea ser recibido por el doctor, deme su nombre y ya...

—No quiero que me visite. Estoy tan sano como un roble.

—Entonces no comprendo su interés, señor.

—Dígame solamente cuándo se fue el doctor y la dejaré en paz ¿Sí?

—Todo eso me parece más que sorprendente... De todos modos no es ningún secreto que el doctor Lefaix partió ayer tarde para

Niza, formando parte de una comisión de médicos que asistirán a una convención científica.

—Ya veo… Gracias, ha sido usted muy amable.

Colgó, se dirigió a la barra y pidió un coñac doble.

Lo saboreó sin prisas, absorto en sus inquietantes ideas.

El rostro del hombre que le fuera, señalado como doctor Lefaix seguía danzando en su imaginación.

Pagó y abandonó el bar. Su estudio estaba muy cerca de allí, de modo que abandonó el coche aprovechando que estaba bien aparcado y anduvo a paso cansino por la acera.

El estudio se componía de una gran sala en la que una de las paredes había sido sustituida por un gigantesco ventanal articulado. Cuando entró, la luz mortecina del anochecer atravesaba las cristaleras, y corrió la cortina que velaba el exterior. Encendió las luces y penetró en el cuarto de baño.

Estuvo bajo la ducha casi quince minutos. Después salió y entrando en el dormitorio se vistió cuidadosamente para la cita de aquella noche.

Había cuadros esparcidos por todas partes, y figuras en terracota, algunas de estilo, otras horribles ídolos de salvajes civilizaciones, máscaras colgadas de las paredes, armas antiguas, jarrones, caballetes, telas… y libros; infinidad de libros en los más insospechados lugares.

Montones de revistas de todas clases se alzaban aquí y allá. Fueron las revistas las que le dieron la idea de aquel rostro.

Dejó de vestirse, con la corbata sin anudar, la camisa abierta y los puños colgando, y derrumbándose sobre un diván comenzó a pasar rápidamente las páginas del primer montón que colocó a su lado.

Estaba a punto de abandonar la tarea cuando la figura saltó a sus ojos como desprendiéndose de la página que había localizado.

Era el rostro del que conociera como doctor Lefaix.

En la foto aparecía vestido de rigurosa etiqueta y sonreía de modo agradable.

El pie de la foto era lo que realmente le interesó.

Aquella imagen pertenecía a un individuo llamado Paul Sales, falso aristócrata, estafador de altos vuelos, asiduo concurrente a los lugares de moda, empezando por la Costa Azul durante la

temporada.

André suspiró. De modo que su vaga sospecha se había confirmado. En el fondo, siempre estuvo seguro de haber visto aquella cara, pero asociada a alguien que no tenía nada que ver con la medicina. Recordó la noche en que el individuo le fuera señalado por uno de sus más viejos amigos, en el cabaret de Montmartre donde pasaron la velada. Su amigo sentía cierta admiración por el tal Paul Sales y estuvo contándole su historia hasta en los menores detalles. Ahora recordaba todo esto y una extraña e inexplicable inquietud se apoderaba de él al asociar al estafador con su representación en casa de Raymond Dumarais.

Miró el reloj. Era pronto todavía para su cita. Acabó de vestirse, consultó una libreta de direcciones y marcó el número de su amigo, el admirador de las mañas de Paul Sales.

—Habla André, George —dijo cuando obtuvo comunicación.

—¡Diantres! ¿Dónde estuviste metido todo este tiempo?

—Me tomé unas cortas vacaciones.

—Leí tu éxito en Roma, muchacho... Estás lanzado y llegarás a las alturas. Recuerda quien te lo dice.

André se echó a reír.

Luego dijo:

—Quiero que me saques de dudas, George... ¿Recuerdas la noche que me señalaste a un individuo llamado Paul Sales?

—¡Toma, si lo recuerdo! ¿Por qué, te ha hecho víctima de alguno de sus trucos? Si es así, dímelo y lo arreglo solo con llamarle por teléfono.

—No te dispares. Solo que quisiera hablar con él.

—¿Para qué?

—Muérete.

—¿Algún lío? Sales es especialista en engatusar viudas ricas, ansiosas y solitarias. ¿Tal vez quieres que te quite de encima una admiradora demasiado tenaz?

—No seas bruto. Para las mujeres no necesito la ayuda de nadie.

—Está bien, no me lo digas. Pero apuesto que estoy en lo cierto.

—¿Dónde puedo encontrarlo, George? Y no hagas más preguntas, se trata de un asunto muy personal.

—Nada de preguntas. Rue des Champs, 7. ¿Eso es todo?

—Gracias, chico. Te veré un día de estos.

—Lo dudo, si continúas desapareciendo de este modo.

Colgó. Buscó en la guía telefónica la Rue des Champs y no encontró el nombre de Paul Sales, pero sí un teléfono en el número siete.

Lo marcó y esperó. Tardaron mucho tiempo en responder, pero al fin sonó una voz impaciente que preguntó:

—¿Sí, quién llama?

—Quiero hablar con Paul Sales. Urgente y personal.

—Número equivocado.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Pacientemente, André llamó otra vez, y apenas había sonado el segundo timbrazo cuando la misma voz gruñó:

—¿Qué diablos pasa ahora?

—Escuche, Sales, quiero hablar con usted esta noche. No cuelgue o pediré a la policía que me facilite el camino hasta usted.

—¿Qué infiernos está diciendo?

—Lo oyó muy bien.

Escuchó un murmullo de voces. El estafador debía tener compañía y eso explicaba sus reticencias.

De nuevo la voz malhumora insistió:

—Dígame de qué se trata y veré si puedo ponerme en contacto con Sales esta noche.

—Paul Sales es usted, amigo. ¿Dónde puedo verle? ¿O quiere que vaya a su casa?

—Se equivoca, no puedo...

De nuevo se interrumpió y hasta André llegó el cuchicheo de unas veces. Después, el auricular quedó mudo.

—¡Oiga, maldita sea, oiga! —gritó.

Habían colgado.

Lo hizo también y encendió un cigarrillo, pensativo.

Al consultar el reloj vio que faltaban cuarenta y cinco minutos para la hora de su cita con Danielle. Levantándose bruscamente, abandonó el estudio decidido a salir de dudas de una vez por todas.

Mientras se encaminaba a la Rue des Champs trató de pasar revista a las distintas facetas de aquel extraño conglomerado de hechos.

Un estafador haciéndose pasar por un médico de fama. ¿Por qué? Y si era un plan de Paul Sales, ¿habría alguien más implicado

en el complot? Resultaba muy extraño que un estafador, por muy hábil que fuera, pudiera engañar a un médico verdadero como el doctor Genner…

Además, estaba la terrible y cambiante mirada del enfermo.

Paul Sales tendría muchas cosas que explicar si no quería verse metido en un buen lío con la policía.

CAPÍTULO VII

Solo que Paul Sales no podría explicar nada porque estaba muerto.

André permaneció rígido por espacio de varios minutos contemplando el cadáver, en cuya espalda ensangrentada llevaba el macabro adorno de la empuñadura de un cuchillo.

Contuvo el deseo de salir de estampida del apartamento y se inclinó sobre el cuerpo. Había encontrado la puerta entreabierta, y entrado después de dos llamadas infructuosas. Y ahora estaba junto a un cadáver, en presencia de un asesinato, y su mente intentaba encajar las impresiones recibidas sin caer en el pánico.

Los crímenes sangrientos no tienen mucho en común con la pintura, de modo que para André aquello significaba miedo en primer lugar. Después, un sentimiento de inquietud que no sabía explicarse, al recordar que aquel hombre, de alguna forma, estaba implicado con los seres que dentro de poco entrarían a formar parte de su familia, de su propia vida.

Después de cierto tiempo se serenó lo suficiente para dar un vistazo a su alrededor. Todo aparecía en orden. El asesinato se había cometido sin lucha.

Eso era un dato.

Un dato que serviría a la policía, pero que para él significaba bien poco.

Recordó las películas policíacas que había visto, la infinidad de novelas de misterio leídas a lo largo de su vida. En ellas, el investigador siempre sabía qué debía hacer en todo momento. En presencia de un cadáver se mostraban fríos y analíticos, descubriendo pistas con una facilidad de asombro.

Gruñó una sarta de maldiciones. A lo vivo, las cosas eran muy distintas.

Otra cosa que debía hacer, recordó de pronto, era dar aviso a las autoridades, debía saber que acababa de cometerse un crimen.

Barrió esa idea tan rápidamente como se le había ocurrido,

porque no tenía el propósito de complicarse la vida hasta ese extremo.

Convencido de que no tenía nada que hacer allí, dio un último vistazo al cadáver, titubeó, y luego abandonó la vivienda sigilosamente.

Anduvo hasta donde dejara el coche sumido en un mar de confusiones. Ahora estaba seguro que había un profundo misterio en todo lo que sucedía en casa de Raymond Dumarais, y ese misterio podía envolver a Danielle en un momento determinado. Eso era lo que debía evitar.

Condujo el coche despacio, meditando sin cesar Cuando se dio cuenta, pasaban más de cuarenta y cinco minutos de la hora de su cita con la muchacha.

No se sintió con ánimos de afrontar sus reproches entre otras razones porque habría darle una explicación convincente, y hablarle de la realidad sería un estropearlo todo prematuramente.

Buscó un lugar donde meter el coche, lo cerró y anduvo en busca de un teléfono. Se excusaría a distancia y regresaría a la casa del estafador para realizar una comprobación que se reprochaba no haber llevado a cabo cuando estuvo allí.

Pensó que como detective hubiera sido una calamidad. Encontró un teléfono y llamó a Danielle.

* * *

Raymond Dumarais, rígido en su sillón de tortura, intentó girar los ojos en un vano intento de ver a los personajes que discutían cerca del ventanal. No lo consiguió. Sus voces llegaban hasta él cargadas de tensión, delatando que las cosas no marchaban muy bien entre ellos.

Eso no era ningún consuelo para él. No le quedaba ni el consuelo de gritar, o gemir, o aullar el dolor solapado que le enloquecía, mezclándose con el rencor y el odio.

La voz del doctor Genner se elevó de pronto, retadora.

—¿Cree que voy a tragarme ese cuento, después de conocerle?

—No veo por qué no —gruñó Saval—. Lo único que persigo es mi venganza. Jamás pensé en el aspecto material del asunto, entre otras razones porque el dinero de ese bastardo pertenece a Claudine.

Genner dejó escapar una risita.

—Naturalmente —convino—; y quedándose usted con la mujer se queda también con la bolsa. Reconozco que es una idea genial.

—¡Maldito sea!

Claudine, hundida en una butaca, terció con voz cansada:

—Si quieren desencadenar otra disputa prefiero dejarles solos... Estoy harta de sus discusiones de todos los días.

Se levantó y abandonó el salín Desde el sillón, y durante unos segundos, Raymond la tuvo bajo el fuego de su mirada, pero ella no volvió la cabeza. Desde hacía unos días no se atrevía ni a mirarlo, esquivando siempre aquellos ojos demoníacos.

El paralítico siguió atento a la discusión de los dos hombres.

Genner estaba diciendo:

—... aparte, naturalmente, de que quiero participación en el reparto, amigo mío.

—¿Qué? —rugió Saval.

—Ya me oyó. Quiero cien mil francos, ni más ni menos.

—¡Usted... usted se ha vuelto loco, Genner...!

—Estaría loco si me conformara con ver lo que se está tramando a mi alrededor y no tratara de obtener una parte de beneficios. Usted se embolsará millones, amigo, millones. Yo me conformo con cien mil en metálico, ¿comprende? Nada de cheques.

—Que me cuelguen si... si le doy un céntimo más...

—Le colgarán si no me los da, Saval. ¿O es tan estúpido que no comprende su situación? Somos socios en este negocio, tanta responsabilidad tiene usted como yo.

Reinó un silencio. Raymond deseaba que siguieran hablando, que se peleasen, tal vez así tendría alguna esperanza...

Genner reanudó su ataque.

—Por otra parte, amigo Saval, recuerde al «doctor Lefaix».

—¡Cállese, maldita sea!

El médico se echó a reír.

—¿Le duele recordarlo? En eso también somos socios. Yo le evité verse sangrado por él hasta la última gota. ¿Cuánto no le hubiera sacado con su chantaje interminable?

—Yo... yo no tuve nada que ver con el crimen... Fue cosa suya, Genner.

—Bueno, instigado por usted. Y también me ayudó después a

sacar el cadáver, y se vistió usted de enfermero, ¿no es cierto? Cómplice se llama a eso, y la sentencia sería la misma si le juzgaran.

—No quiero ni pensarlo… Claudine…

—Olvídese de ella por ahora. No tiene por qué saber nada de esto. Piense solamente en mis cien mil como participación en el negocio. No es mucho si recuerda lo que le quedará después.

—Usted da muchas cosas por hechas, doctor…

—Recuerde también que hoy debe ser aplicada la segunda inyección. Si no se la pongo usted sabe lo que sucederá, ¿verdad, Saval?

El aludido se mesó los cabellos.

—¿Cuánto dinero me pedirá usted cuando tenga que ponerle la tercera?

—Ninguno más. No soy ambicioso amigo mío.

—No, ya… ya me doy cuenta.

Genner se rio con burlona seguridad.

Raymond comprendió que el médico iba a inyectarle por segunda vez la dosis de droga que le mantendría paralizado otra semana, y luego otra dosis, y otra… hasta la última y definitiva.

Casi se sorprendió al no experimentar terror alguno Solo aquel raudal de odio impotente. Su rencor había barrido de su mente todo sentimiento, pero era un rencor que tarde o temprano habría de morir con él incapaz de darle salida.

—Está bien —oyó que decía Saval—. Le daré los cien mil francos tan pronto Claudine entre en posesión del dinero. ¿Cuándo le pondrá usted la inyección?

—Esta noche. Me alegra que haya entrado en razón, amigo Saval.

De pronto, Alfred Saval entró en el campo visual del paralítico. Estaba rojo y sus manos temblaban, pero se plantó ante él y le espetó:

—Ya ves, bastardo, cuánto dinero me cuestas. Cien mil francos para mantenerte inútil… Aunque sea dinero tuyo es mucho dinero, ¿no crees? Pero es divertido, muy divertido. Tú mismo estás pagando tu parálisis…

Dejó de hablar, jadeante, sin afectarse por la bestial expresión de la mirada que ansiaba destruirlo, y aniquilarlo. Después, dio media

vuelta y salió del salón.

Genner se dispuso a seguirlo, pero se detuvo también frente al enfermo. Estuvo contemplándolo con el ceño fruncido hasta que se encogió de hombros y refunfuñó:

—Ya lo creo que lo pagará con su dinero… Aunque no creo que él disfrute mucho con lo que espera embolsarse.

Salió también y Raymond quedó solo como tantas y tantas horas del día y de la noche. Poco a poco sus párpados se cerraron y concentró todas sus fuerzas en pensar, en odiar hasta la muerte.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que el repiqueteo del teléfono le devolvió a la realidad. Vio a Claudine acudir al aparato y oyó su voz.

—¿Cuándo dices, Danielle? ¡No sabes cuánto me alegro, querida! Pero ¿dónde piensas casarte?

Un largo silencio. Luego, Claudine:

—No lo comprendo. ¿Por qué no casarte en París? Sí, claro, ya imagino que ha sido idea de André… Está bien, querida, ya sé que eres tú quien va a casarse con él, pero… ¿Cuándo es el viaje? Ya…

Raymond comprendió que Danielle y André iban a casarse fuera de París y emprender un viaje. André, el hombre en quien había confiado… el único que representó cierta esperanza. Y ahora, también esta se desvanecía…

Escuchó algunas frases más y después el chasquido del auricular. Casi al instante, la voz de Saval preguntando:

—¿Cuándo se marchan, Claudine?

—La próxima semana. Se casarán en algún lugar fuera de París…

—Por supuesto, querida. No quieren celebrar una fiesta aquí sabiendo cómo está ese bastardo. Ellos piensan que todos nosotros nos consagramos a su cuidado.

—Sí, esa debe ser la razón.

—Me alegro que se vayan. Únicamente me sorprende que no hayan vuelto por aquí en estos últimos días.

—Danielle no puede soportar la visión de Raymond…

El aludido escuchó el chasquido de un beso, y después pasos que subían las escaleras. De nuevo, todo el fuego del infierno rugió en sus entrañas y ansió más que nunca poder desprenderse del sillón para aplastarlos a los dos con sus propias manos.

Solo que eso le estaba vedado.

CAPÍTULO VIII

Danielle colgó el auricular y se volvió hacia André, que la contemplaba hundido en una butaca.

—Ya está —murmuró la muchacha—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé, cariño. Tengo que pensar. No consigo comprender qué es lo que se proponen… si es que realmente se proponen algo.

—Escucha, querido… Hasta ahora no has querido confiar en mí. No me has dicho una palabra de lo que piensas y creo que tengo perfecto derecho a saberlo. ¿Qué te inquieta respecto a mi hermana?

El pintor rehuyó la mirada de la joven. Para ganar tiempo encendió un cigarrillo, aspiró el humo y lo expelió después lentamente. Al fin murmuró:

—Hay algo que debes saber, en efecto, aunque por el momento eso es todo lo que te diré. El doctor Lefaix que vimos en casa de tu hermana, el que visitó a Raymond Dumarais, era un impostor.

—¡Dios santo, no es posible!

—No existe la más mínima duda, querida. Ese hecho implica un sinfín de posibilidades para suponer lo más sórdido, porque no me cabe duda que Genner debía saberlo cuando lo llevó a la consulta. ¿Comprendes lo que esto significa?

—No me atrevo ni a pensarlo…

—No tienes por qué pensar nada. Ese es un trabajo que yo haré por los dos, ¡y por todos los diablos del infierno que no hago otra cosa desde hace días!

Dudó entre revelar a la muchacha el asesinato del falso doctor, y la siguiente desaparición del cadáver, cuando se llevó el mayor susto de su vida al regresar y ver que el muerto había desaparecido sin dejar el menor rastro. Hasta la escasa sangre del suelo había sido cuidadosamente limpiada.

No sacaría nada en limpio informándole de sus macabros descubrimientos, y lograría inquietarla más todavía. Decidió callarlo por el momento.

Se enderezó con un gruñido.

—Si pudiera quedarme a solas con Raymond Dumarais, aunque solo fueran unos minutos...

Danielle le contempló perpleja.

—¿Para qué?

—Le haría algunas preguntas relativas a lo que está sucediendo, y al doctor Genner, y...

—¿Pretendes que también el doctor Genner es un impostor?

—No, eso lo comprobé hace días sin lugar a dudas. Genner es un buen médico, con una clientela de cierta categoría.

—¿Entonces...?

—No sé, Danielle... Quiero hablar con ese médico cuanto antes y salir de dudas.

—Escucha, André —dijo la muchacha resueltamente—. No consentiré que hagas nada que pueda lastimar a Claudine. Ya ha sufrido bastante a causa de ese horrible marido que tiene. Quiero que la dejes en paz.

—No haré nada que pueda dañarla a ella, si es eso lo que te inquieta.

Danielle suspiró.

—No te comprendo, querido. ¿Por qué no olvidar todo esto y marcharnos de París de una vez? Nos casamos tal como tenemos planeado y nos vamos a España. Será una deliciosa luna de miel y...

—¿Y dejar atrás ese misterio, un misterio que tal vez amenaza a tu hermana?

Él alargó los brazos, aprisionándola por la cintura. La obligó a deslizarse sobre sus rodillas y la besó al tiempo que ella le abrazaba, dejándose vencer una vez más por la voluntad dominante del pintor.

Permanecieron unidos largo tiempo. Después, ella se levantó.

—Vete, André —susurró—. Vete antes que cierre la puerta con llave y te impida salir.

—Tómalo con calma, amor. Volveré esta noche y olvidaremos todo por unas horas. ¿Conforme?

—Veremos...

—Y recuerda que tu secreto también sigue envuelto en el misterio, nena.

—¿Qué secreto?

—El prometido paraíso azul de que me hablaste.

Por primera vez en toda la tarde, Danielle se echó a reír. Le acompañó hasta la puerta y una vez allí dijo:

—Seguirá siendo un secreto por el momento. Aquella noche todo estaba bien… Era ideal, como hecho a propósito… y tú lo estropeaste. Cuando las circunstancias vuelvan a ser las mismas para los dos te revelaré de qué se trata.

Resignadamente, él se encogió de hombros.

—Espero que sea pronto. Me intrigas, primor.

La besó una vez más, estrechándola suavemente contra su cuerpo. Luego salió del apartamento antes que ella decidiera seguir con sus preguntas.

* * *

Era un edificio de cierra categoría. André se detuvo ante el portal cerrado y miró a su alrededor. Había coches estacionados a lo largo de la acera. No le costó descubrir el «Peugeot» gris propiedad del doctor Genner, lo cual indicaba que el médico estaba en su casa.

La puerta de la calle cedió bajo la presión de su mano. Instintivamente, André examinó la cerradura. Era vieja y al parecer estaba rota desde mucho tiempo atrás.

Entró en el oscuro zaguán. Dudó entre utilizar el ascensor o subir por las escaleras.

No tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión. Como algo surgido de la nada, de la región de las sombras, un objeto muy duro se abatió sobre su cráneo con la fuerza de un martillazo.

Sintió como si el mundo entero le cayera encima. Una llamarada de dolor estalló en su cerebro y luego cayó de bruces. El dolor se esfumó y él entró en la negra morada que muy bien pudo haber sido la de la muerte.

La primera impresión que tuvo después, mucho más tarde, fue la de que algo sólido como un piano de cola estaba firmemente asentado sobre su cabeza. Al comprender que todavía estaba vivo recobró ánimos suficientes para moverse.

Se arrastró hasta encontrar los primeros peldaños de la escalera. La cabeza le dolía de un modo atroz y sentía el cuello entumecido y rígido. El dolor fue extendiéndose al resto del cuerpo y ahogó un

gemido y una sarta de maldiciones.

Consiguió sentarse en la escalera, donde permaneció varios minutos recobrando la lucidez. Una especie de mareo insólito le mantenía clavado allí. Luego, sujetándose cómo pudo, empezó a subir con la esperanza de llegar al piso del médico. Un matasanos era lo que necesitaba, seguro…

A menos que fuera el médico quien le había golpeado, en cuyo caso las cosas se pondrían todavía más difíciles…

Subir hasta el tercer piso resultó una tarea agotadora. Cuando consiguió llegar, sus piernas eran de gelatina y se desplomó de nuevo, en medio de una bruma de dolor. Todo giraba en medio de un torbellino infernal en cuyo centro había caído.

Cerró los ojos y olvidó al doctor y el propósito que le animaba al acudir en su busca. Ya nada tenía importancia, excepto librarse del dolor… y detener aquel torbellino…

De nuevo se desmayó, de modo que no pudo oír el chirrido de unos neumáticos en la calle, ni los pasos de los hombres que invadieron la escalera apresuradamente.

Los pasos subieron las escaleras. Los destellos de una linterna eléctrica cayeron sobre él y alguien soltó un bufido. Una voz gruñó:

—De modo que era cierto…

Los dos gendarmes se inclinaron sobre él. El que sostenía la linterna exclamó:

—¡Tiene la nuca llena de sangre!

—Pero está vivo… Le han golpeado con muy mala saña, pero está vivo. Y la comunicación de radio habló de un asesinato en el tercer piso…

—El tercer piso es este —refunfuñó el otro policía—. Llama a la puerta a ver qué pasa.

La llamada no obtuvo ninguna respuesta. El que sostenía la cabeza de André sugirió:

—Tú eres un tipo fuerte, Jules. Abre esa puerta y salgamos de dudas.

—¿Y si nos abren un expediente por allanamiento?

—¡Qué infiernos de allanamiento! Ya encontraremos una buena explicación.

Jules retrocedió, no muy convencido. Tomó carrerilla y se lanzó, contra la puerta igual que un musculoso ariete. Lanzó un grito al

darse cuenta que la madera cedía con suma facilidad y que él iba a aterrizar en mitad de una estancia a oscuras.

Sus maldiciones parecieron una sarta de disparos. Y el estruendo que los había precedido había sido lo suficientemente violento como para despertar a toda la casa, de manera que comenzaron a abrirse puertas aquí y allá, asomando algunas cabezas que preguntaron histéricamente qué sucedía para armar aquel alboroto.

—¡Policía! —bramó Jules, levantándose con todos los huesos doloridos—. ¡Métanse en sus casas y que nadie salga de ellas!

Las puertas volvieron a cerrarse. El otro gendarme gruño:

—Ayúdame a entrar a este… Pesa como el plomo el angelito.

Jules salió, tambaleándose.

—La maldita puerta estaba abierta… Por poco no me he roto el cuello… Tú y tus grandes ideas…

Entre los dos introdujeron a André. Tras encender la luz le acomodaron sobre un largo diván. Tras esto, Jules localizó el teléfono y marcó un número que sabía de memoria.

Habló brevemente con el médico de la policía, de turno aquella noche. Luego colgó y dio un vistazo a su alrededor.

—No está mal esta choza —refunfuñó—. Me gustaría saber si este fulano vive aquí.

—Mejor será que echemos un vistazo al resto del piso… Si te encuentras con una dama en *deshabillé* recuerda que eres un caballero.

—¡Muérete tú también!

Jules abrió una puerta que comunicaba con un estrecho pasillo al que se abrían otras. Su compañero siguió al lado del inconsciente André, un tanto preocupado por el aspecto de este.

De pronto, la voz de Jules sonó en alguna parte, agónica.

—¡Madre! —gimió.

El gendarme se volvió en redondo, dispuesto a acudir en ayuda de su compañero, pero Jules apareció como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Estaba pálido y aguantaba apenas las arcadas que le acometían.

—¿Qué demonios te pasa? —le increpó—. ¿Has visto un fantasma o qué?

—¡Madre mía: ¿Dónde demonios estará el lavabo en esta pocilga…?

—Bueno, pero…

—Ahí dentro.

El gendarme corrió al interior, al tiempo que Jules localizaba el cuarto de baño y se encerraba dentro.

El policía llegó hasta una habitación, interior en la que su compañero había entendido la luz. Solo que no pasó del umbral, horrorizado, incrédulo.

Era una auténtica carnicería. Tendido de través sobre el lecho había lo que hasta poco antes fuera un hombre, más en la actualidad era una piltrafa sangrienta, machacada, rodeada de sangre, masa encefálica y trozos de cráneo.

Comprendió la reacción de su compañero. Retrocedió a trompicones y fue a sentarse en el diván donde André comenzaba a dar señales de vida.

Oyó que alguien hablaba histéricamente por teléfono. Luego, cuando pudo abrir los ojos, la luz del techo le hirió como un cuchillo.

—¿Cómo se siente?

Localizó al propietario de la voz. Distinguió a un gendarme de pie. Tenía la cara pálida, casi verdosa, desencajada. ¿Qué demonios le ocurría al polizonte?

—Mal —refunfuñó—. ¿Qué pasó?

—Amigo, eso esperamos que sea usted quien nos lo aclare. De momento, díganos cómo se llama.

—André… André Delmet.

—¿El pintor?

Trató de sonreír.

—Soy pintor, aunque no creo que…

—Tengo algunas reproducciones de sus cuadros en mi casa… ¡Diablos, cuando lo cuente a mi mujer no va a creerme!

André se incorporó con la ayuda de su inesperado admirador.

—Le regalaré un original para que le sirva de prueba —refunfuñó—. Ahora veamos si nos entendemos… ¿Qué apartamento es este?

—¿No es el suyo?

—Por supuesto que no.

—Usted estaba caído en el rellano, frente a la puerta —terció el policía de la cara verdosa. Su voz amenazaba extinguirse en

cualquier instante.

—No lo entiendo… Me golpearon en el zaguán… ¿Cómo llegué arriba?

—Regístreme, amigo —gruñó Jules pasándose furiosamente la mano por la boca—. ¿Qué estaba haciendo abajo?

—Vine a ver al doctor Genner… Vive en esta casa…

—¿En qué piso? Un médico es lo que usted necesita.

—Tercero…

Los gendarmes cambiaron una mirada. Jules comentó:

—Olvídelo. El médico no le sirve de nada, tal como está.

—Estoy mal, pero…

Alguien llamó a la puerta bruscamente. Jules acudió a abrir y dio paso a un hombrecillo vivaz, atildado y gruñón.

—¿Qué les pasa a ustedes? —refunfuñó—. Son casi las doce…

—La hora de las brujas —dijo Jules—. Vea la cabeza de este caballero… solo para entrar en ambiente. Luego le daré el plato fuerte.

El médico examinó la cabeza del herido. Refunfuña algo entre dientes y luego dijo:

—¿Con qué le golpearon?

—Ni idea. No me entretuve en averiguarlo.

—Chistoso, ¿eh?

André soltó un grito cuando los dedos del médico hicieren algo en la herida.

—No alborote, ya es usted mayorcito… —manipuló en el maletín y empezó a curar el corte—. De todos modos no es grave, aunque el golpe ha desgarrado el cuero cabelludo, pero sin astillar el hueso. Aunque en el lugar en que le golpearon pudieron haberle dejado seco…

—Eso es un consuelo.

Unos minutos después acabó de fijar un apósito y se irguió.

—Listo —dijo, satisfecho—. Ya puede ir a que le aticen de nuevo.

Rio su propio chiste, pero luego advirtió que nadie le hacía coro y paseó la mirada por las caras desencajadas de los dos policías.

—Bueno —exclamó—. ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Dónde es el funeral?

—¡Je! —bufó Jules—. Usted lo ha dicho. Venga…

Le guio al interior, aunque se quedó a mitad de camino y gruñó, señalando la puerta del dormitorio:

—Que le aproveche, doctor. Es todo suyo.

Y retrocedió. André se acarició la cabeza amorosamente.

—¿Quién puede contarme qué pasó? —insistió una vez más.

Antes que alguien pudiera responderle hubo una invasión. Los recién llegados llevaban escrita en el rostro su profesión. Empezó a preocuparse de verdad.

Hubo un rápido cambio de frases entre los gendarmes y un hombre rechoncho que parecía llevar el mando. Los demás siguieron al otro hacia donde el médico había desaparecido.

El hombre rechoncho asintió varias veces. Luego se acercó a André, echándose el sombrero sobre la nuca.

—Soy el comisario Mathieu —se óreseme—. Usted y yo tenemos mucho que hablar señor Delmet.

—Lo mismo creo yo.

Se recostó en el diván. Le dejaron solo mientras el comisario iba también a ver el espectáculo del interior. André cerró los ojos y comenzó a pensar en las dificultades que se le echaban encima…

CAPÍTULO IX

—Todo eso está claro —dijo el comisario Mathieu—. Ahora dígame por qué deseaba usted ver al doctor Genner a estas horas de la noche.

André había tenido tiempo de pensar en una explicación convincente, de modo que refirió:

—El doctor Genner estaba tratando a un hombre que pasará a ser pariente mío dentro de una semana, cuando me case con su cuñada, un tal Raymond Dumarais. Sufre una parálisis total. Yo quería hablar en privado con el médico para saber las probabilidades de cura que existían, y si era factible una curación total o parcial. Preguntarle todo eso delante de la esposa del enfermo era perder el tiempo. Genner hubiera tratado de dorar la píldora.

—Entiendo. Opino que ya no hay duda de que quien le ha golpeado a usted ha sido el asesino. Lástima que no haya podido verlo.

André asintió sin entusiasmo. El comisario añadió:

—A pesar de lo intempestivo de la hora, espero que no tenga usted inconveniente en acompañarme a casa de ese enfermo. Si el doctor ha salido de allí a última hora, quizá hayan recibido alguna llamada citándole, o hayan escuchado alguna conversación telefónica del médico. ¿Qué me dice?

—Le acompañaré, por supuesto.

Otra vez le dejaron en paz mientras los expertos de la policía realizaban su trabajo en el dormitorio. Quince minutos después, el comisario regresó.

—Iremos en mi coche —dijo—. Indíquele la dirección al chófer, señor Delmet.

Sus piernas respondieron cuando se levantó. Pero al bajar las escaleras necesitó apoyarse pesadamente en la barandilla para no caer.

El coche recorrió la distancia hasta la residencia de los Dumarais

en un tiempo muy corto gracias a la escasez de tráfico a esas horas de la madrugada. Cuando se detuvo al fin ante la verja, André refunfuñó:

—Claudine va a llevarse un buen susto.

—Por eso le he traído a usted para que trate de suavizar la situación.

André se apeó y pulsó el timbre varias veces. Poco después una voz metílica surgió de un lado de la entrada. Dio un respingo antes de comprender que había un diminuto altavoz por el que Claudine hablaba.

—¿Qué sucede? ¿Quién está ahí? —preguntó.

André acercó los labios a la pared.

—Soy André, Claudine. Lamento mucho molestarte a estas horas, pero me acompaña la policía y no he podido negarme.

Escuchó una exclamación ahogada. La mención de la policía, la había sobresaltado.

—¿Qué pasa, André? ¿No se tratará de Danielle...?

—Por supuesto que no. El doctor Genner ha... este... ha sufrido un accidente, eso es todo.

—¡Cielos!

Sonó un chasquido y el mecanismo electrónico abrió la reja. Penetraron con el coche hasta la casa, donde Claudine les recibió en el umbral, cubierta por un salto de cama vaporoso que cortó el aliento del comisario Mathieu cuando se inclinó cortésmente ante ella.

—Pasen —dijo la mujer—. ¿Cómo está el doctor?

Entraron. André se encargó de las presentaciones. Ella insistió:

—¿Qué le ha pasado al doctor Genner?

—El comisario te contará...

Mathieu pareció sentirse incómodo, quizá a causa del lujo que le rodeaba, quizá debido a la turbadora presencia de aquella mujer a través de cuyo leve atuendo se transparentaba la perfección bellísima de su cuerpo.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, señora —dijo—. Y espero que me perdone por tan intempestiva visita.

—Sí, sí, pero el doctor...

André intervino:

—¿Tienes inconveniente en que prepare algo de beber? Te

aseguro que lo necesito…

—¡Oh, por supuesto, André! Ya sabes dónde están las bebidas.

Pasaron al salón donde tuviera lugar la primera entrevista con el enfermo. André preparó unos vasos con coñac y hielo. Se fijó en que no estaba allí el sillón de ruedas. Se preguntó cómo podían subir las escaleras para llevarlo a acostar con aquel artilugio difícil de manejar.

Fue cuando se acercó a ofrecer el vaso al comisario que Claudine descubrió el apósito en su cabeza y dio un respingo.

—¡André! —exclamó—. ¿Qué te ha sucedido?

—Un ligero accidente. No tiene importancia.

El comisario probó el coñac y asintió, satisfecho.

—Gracias, Delmet —murmuró—. Y ahora veamos si terminamos esto y podemos dejarla en paz… ¿A qué hora se fue de aquí el doctor Genner?

—No lo sé… Era muy tarde.

—¿De noche?

—Sí.

—¿Acostumbra marcharse tan tarde todos los días?

—Casi todos. Es él quien efectúa el último reconocimiento diario a mi esposo, después de acostarlo…

—Ya me contó el señor Delmet lo concerniente a su marido, señora. Lamentable… Muy lamentable. ¿Recuerda usted si el doctor ha recibido alguna llamada telefónica mientras ha permanecido en esta casa?

—No; o por lo menos no he oído nada. Quizá Alfred… el señor Saval —rectificó apresuradamente—, haya escuchado algo.

—¿Quién es el señor Saval?

—Un alto empleado de mi esposo.

El comisario asintió con un gesto.

—Me dará usted su dirección. Es importante averiguar si alguien le citó mientras estaba aquí.

Cada vez más inquieta, Claudine se enfrentó con André.

—Dime… ¿Qué le ha pasado al doctor?

—Yo no tengo voz en este asunto, querida. El comisario te informará. A propósito, ¿dónde está Raymond? Si no duerme me gustaría saludarle.

Claudine necesitó de todo su dominio para ocultar el sobresalto

que la petición le produjo. A pesar de todo su voz era vacilante cuando murmuró:

—Debe estar dormido a estas horas…

—No he vuelto a verlo desde aquel día —insistió André—. Imagino que debe agradecer que alguien le distraiga de vez en cuando.

Tras una vacilación, la mujer señaló una pequeña puerta, al fondo del salón, y explicó:

—Aquella es su habitación ahora. Era imposible subirle y bajarle del piso todos los días y el doctor decidió que se instalara aquí abajo.

—Daré un vistazo, y si duerme no le importunaré. Ustedes pueden seguir con su conversación.

Apuró el resto del coñac y se encaminó a la habitación indicada. Abrió la puerta suavemente. Una débil lucecilla brillaba sobre la mesita de noche. A un lado había el sillón de ruedas, vacío, y en el lecho la forma inmóvil del paralítico daba la sensación de un cadáver completamente rígido.

Pisando como un gato, André entró y cerró la puerta. Se aproximó a la forma yacente inclinándose sobre ella. Instantáneamente sintió un escalofrío ante aquellos fulgurantes ojos.

—Me alegro de verlo, Raymond —murmuró.

Los ojos parpadearon varias veces. André tuvo que luchar para vencer la espeluznante impresión que le producía aquel hombre.

—Escúcheme bien, Raymond, no tenemos mucho tiempo. Sospecho que aquí ocurre algo extraño y deseo aclararlo en bien de usted. ¿Comprende?

Un doble parpadeo le indicó que el paralítico recordaba aquella especie de código. Al mismo tiempo creyó advertir una luz de esperanza en el fondo de las pupilas.

—Bien, empecemos por el doctor Lefaix. ¿Sabía usted que era un impostor?

—«Sí».

André suspiró, satisfecho. Aquel código de señales con los ojos estaba dando resultado.

—Aja, lo sabía. Pero ¿cómo pudo usted saberlo? No, perdone, olvidaba que solo puede usted responder sí y no. Vamos a ver…

¿Cómo demonios pudo enterarse? A menos que... Sí, eso debe de ser, ¿fingió el falso doctor Lefaix que le examinaba a usted?

—«No».

—Eso se presta a otras conclusiones. ¿Se limitó a venir aquí y no hacer nada?

—«Sí».

—Ya veo... Estaba en combinación con el doctor Genner. ¿No es así?

—«Sí».

—Me gustaría saber con qué objeto Genner armó semejante farsa. Espere... creo que ya lo tengo... El doctor Genner sabía que aquella tarde íbamos a venir Danielle y yo... y la idea de consultar un especialista había partido de Danielle. ¿Fue por eso por lo que tramó la comedia con el falso Lefaix?

—«Sí».

—Comprendo. ¿Les oyó hablar?

—«Sí».

—¿Qué dijo... ¿Oh, bueno, ya vuelvo a perder el control. Veamos. ¿Dijo Genner que no le interesaba curarle a usted?

Raymond vaciló. Temía contestar categóricamente porque podría guiar a André por una pista falsa. Optó por no responder nada.

—No contesta, ¿eh? ¿Le dijo algo Genner de la enfermedad?

—«No».

—Ya comprendo. Hablaron de la cantidad que Genner iba a pagarle al falso médico. ¿Cierto?

—«No».

—Tampoco es eso. Claro, ya debían tenerlo acordado de antemano. ¿De qué mil diablos pudieron hablar? En fin, eso no es importante.

—«Sí».

El desesperado parpadeo obligó a André a aguzar el ingenio.

Pensó en el asesinato de Paul Sales, el falso doctor Lefaix y creyó comprender.

—El falso médico tramaba algún chantaje. ¿Es eso, Raymond?

—«Sí».

—Entiendo, quería chantajear al doctor Genner.

—«No».

—¡Infiernos! ¿A quién entonces? No sería a Claudine...

Nueva vacilación del paralítico. Una respuesta categórica dejaría a Saval fuera del cuadro.

André, inclinado sobre él, esperaba con los nervios tensos.

—Vamos, vamos, ¿no puede responder a esto? —insistió.

De pronto, el enfermo le asombró. Sus párpados le dijeron «no», pero inmediatamente añadieron dos parpadeos más.

—«No» y «sí»... Eso ya es más complicado.

Se enderezó de golpe. Le había parecido escuchar pasos en el piso de arriba, y sin embargo, Danielle le había dicho que carecían de servidumbre debido al carácter infinitamente desagradable de Raymond Dumarais.

Escuchó atentamente, pero el sonido no volvió a producirse.

—¿Tienen ustedes servidumbre?

—«No».

—Ya lo imaginaba. No entiendo lo de «sí» y «no», Raymond.

Su mente trabajaba a toda presión buscando la manera de plantear correctamente las cosas al enfermo.

Repentinamente, sobre su cabeza escuchó el cauteloso movimiento de unos pies. Sus nervios dieron un tirón.

—Escúcheme, Raymond. ¿Hay alguien más en la casa, aparte de su esposa?

—«Sí».

De nuevo aquella mirada relampagueó con asías salvaje.

—Pero ¿quién diablos...?

Los ojos eran dos simas de llamas clavados en el techo, ardiendo llenos de odio. André se estremeció, y de repente se le ocurrió la idea.

Pero ya no pudo seguir con su interrogatorio, porque la puerta se abrió y Claudine apareció acompañada por el comisario.

—André —murmuró la mujer.

Levantándose, fue a reunirse con ellos.

—¿Lo sabes ya?

—El comisario acababa de decírmelo. Es tan horrible...

—Podemos marcharnos, señor Delmet —terció el policía—. La noche todavía no termina para mí.

—Sí, claro... Vámonos.

Volvió al lado del paralítico y le sonrió forzadamente.

—Volveré a verle tan pronto pueda, Raymond —dijo—. Creo que eso le distrae.

El comisario no podía ocultar la viva impresión que la visión del enfermo le producía. Salieron del dormitorio y Claudine cerró la puerta con cuidado.

—Es terrible —comentó el comisario—. No poder valerse por sí mismo, a su edad…

Les acompañó a la salida, muy pálida. Tan pronto como se hubieron marchado, Alfred Saval apareció en las escaleras procedentes del piso superior. Se sorprendió terriblemente al advertir la actitud de la mujer y corrió hacia ella.

—¡Claudine! —exclamó—. ¿Qué tienes, qué te sucede?

Ella giró los ojos en blanco y se desplomó. Saval apenas llegó a tiempo de sujetarla con dificultad entre sus brazos y, cómo pudo, la llevó al diván del salón.

Claudine estaba tan pálida como la misma muerte.

CAPÍTULO X

Claudine abrió les ojos cuando el coñac ardió en su garganta. Tosió y comenzó a sollozar histéricamente.

Asustado, Sayal la sostuvo contra su pecho sin saber exactamente qué hacer.

—Claudine… cariño, cálmate.

—Genner…

—¿Qué pasa con él? No debes preocuparte por ese bastardo.

—El comisario me contó…

Los acusadores ojos de la mujer se clavaron en el rostro del titubeante Saval, inquietándole.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Genner está muerto… ¡Asesinado!

—¿Qué dices?

—Alfred, tú… tú te peleaste con él ayer tarde…

—¡Claro que me peleé con él! Exigía más dinero y yo no estaba dispuesto a dárselo.

—Has salido esta noche… llegaste muy tarde…

—¡Eh, espera un minuto! No… no pensarás acusarme del crimen, ¿verdad?

—No lo sé… Todo es confuso, horrible…

—Deja de decir tonterías, por favor.

—No son tonterías. Quiero saber la verdad, Alfred.

Este tragó saliva y se enderezó. Una oleada de ira se apoderó de él bruscamente.

—Tú crees que yo he matado a ese bastardo… Está bien, supongamos que fuera cierto. ¿Cambiaría esto las cosas entre tú y yo?

—¡Alfred!

—¡Dime! ¿Cambiarían tus sentimientos por eso?

—No puedo creerlo…

—De todos modos no he sido yo —aseguró él—. Supongo que un tipo como Genner tendría otros enemigos. Alguno le habrá dado el

pasaporte.

Ella se aferró a esa posibilidad porque ansiaba creerlo.

Saval la dejó en paz unos instantes, mientras se preparaba una bebida. Luego dijo:

—Lo que tenemos que hacer es pensar lo que nos espera, sin ese condenado médico y Raymond vivo. La inyección que le puso ayer produce efecto durante siete u ocho días. Tendremos tiempo de imaginar una solución, aunque habrá que terminar con él de una vez.

—¿Cómo? Recuerda que un médico habrá de firmar el certificado de defunción.

—Solo hay un medio que no ofrezca riesgos; inyectarle la misma droga, pero en una dosis más fuerte. Genner me aseguró que mata en menos de un minuto.

—Pero ¿y la droga?

—Sé en qué lugar del consultorio la guardaba. Tendré que entrar allí, pero la conseguiré, no te preocupes.

—Correrás un gran riesgo, Alfred. ¡Oh, maldita sea! Quisiera haber terminado con esto de una vez. No comprendo por qué no lo hiciste desde un principio, en lugar de prolongar tanto esta horrible situación.

—Tú sabes bien qué motivos me impulsaron a hacerlo de este modo. Solo que Genner quiso pasarse de listo… Pero ahora terminaremos el asunto y podrás vivir en paz, olvidarlo todo y crearte una nueva vida junto a mí.

—Sí, eso espero… No me abandones nunca, Alfred.

—Jamás. Viviré solo para hacerte feliz.

Ella sabía que en esto era sincero. Aquel hombre, en sus manos, sería un juguete, tan maleable como la cera. Realmente viviría solo para ella…

Si vivía.

* * *

El teléfono levantó a André de la cama, aturdido por el corto sueño de la noche pasada. Descolgó el auricular y oyó la voz indignada de Danielle en un torrente de reproches interminable.

Aguantó el chaparrón estoicamente, mientras tanteaba la mesilla en busca de un cigarrillo, que encendió sin haber podido replicar ni

una sola palabra.

Al fin, a la muchacha le faltó el aliento y él lo aprovechó.

—Tienes toda la razón del mundo, amor mío —aseguró, contrito —. Pero sucedieron cosas muy graves y me vi envuelto en ellas incluso sin quererlo.

—No quiero más excusas, André. ¿Es que algo cambió entre nosotros?

—Por supuesto que no, si tú sigues queriéndome.

—Eso lo sabes demasiado bien.

—Entonces todo va bien. Escúchame... he pensado mucho en ese extraño paraíso azul de que me hablaste. Te doy mi palabra de que esta noche, o mañana como máximo, podremos visitarlo sin que nada estorbe nuestro amor.

—Empiezo a dudarlo.

—Por favor, pequeña...

—Está bien, pero no habrá más excusas. ¿Entendido? Otro plantón a los que eres tan aficionado y será el último.

—Palabra de honor.

Le mandó un beso a través del teléfono y colgó con un largo suspiro de alivio.

Se fue a la ducha con ánimo de despejarse. En mitad del diluvio de agua tibia llamaron a la puerta con insistencia.

Se envolvió en un largo albornoz, mascullando entre dientes, y abrió. El comisario Mathieu entró bamboleándose y resoplando.

—Esas malditas escaleras me matan —bufó, dejándose caer en una silla—. Me pregunto por qué todos los tipos de su especie viven en casas sin ascensor.

—Es usted un policía inoportuno casi siempre, comisario.

—Gajes del oficio. ¿Estaba en la ducha?

—Sí.

—Bueno, lamento haberlo interrumpido, pero quería hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Alfred Saval.

—Bueno...

—Ha desaparecido.

André frunció el ceño. Las ideas que había albergado durante las últimas horas se afianzaron todavía más en su mente.

—Un hombre no desaparece así como así, comisario.

—Este no solo ha desaparecido; se esfumó por completo. Mis hombres han rastreado todo París en su busca sin resultado. Hace días que no aparece por su piso, en las fábricas nadie le ha visto, y menos en su oficina... ¿Qué le parece?

—No puedo opinar sobre esto. Es un trabajo que le concierne a usted por completo.

—Sí, claro, pero en cierta forma también le interesa a usted, si ha de formar parte de la familia Dumarais.

—Más claro, por favor. A estas horas de la mañana, mi intelecto no es tan brillante como de costumbre.

El comisario suspiró resignadamente.

—Hemos hecho algunas averiguaciones muy interesantes respecto al doctor Genner. En primer lugar, su verdadero nombre era Martel, y estaba siendo buscado por la policía de toda Europa por sus crímenes de guerra en los campos de exterminio nazis.

—¡Cuernos, esa sí que es una noticia!

Sin hacer caso de la interrupción, el policía añadió:

—En segundo lugar, hace unos diez días ingresó en su cuenta corriente nada menos que cien mil francos.

—¿Cien mil, francos?

—Justamente; francos fuertes, nuevos.

—Es una bonita suma.

—Sí. Hemos seguido la pista de los billetes, Delmet. Fue ingresada en billetes grandes, de manera que para el banco le fue fácil seguirles la pista... Ese dinero salió de las cuentas de Dumarais.

André achicó los ojos, ahora fuertemente interesado.

—Otra gran noticia —reconoció.

—Y resulta que les retiró Saval en persona.

—¿Quién firmó el cheque?

—El propio Saval y Claudine Dumarais. Tiene poder para hacerlo. Poderes legales quiero decir.

—Entiendo...

Mathieu buscó en sus bolsillos hasta encontrar su vieja pipa, que rellenó como si cumpliera un rito sagrado. Hasta que la hubo encendido a satisfacción no habló de nuevo.

—Hay algo más —dijo—. Hay otros cien mil francos danzando en alguna parte.

Esta vez el pintor dio un respingo y dejó de frotarse la cabeza con la toalla. El comisario añadió:

—Saval retiró cien mil francas el mismo día en que fue asesinado Genner, o Martel, como guste. Supongo que ese dinero también era para el médico... aunque no hemos podido encontrarlo.

—Doscientos mil francos en menos de dos semanas...

—Mucho dinero. Parece que el asunto huele a chantaje a un kilómetro de distancia. Tal vez ahora quiera usted decirme dónde puedo encontrar a Saval, amigo mío.

André se encogió de hombros.

—¿Cómo infiernes voy a decírselo si no lo sé?

—Vamos, vamos, no me crea tan idiota. Usted ha estado haciendo ciertas averiguaciones sobre ese hombre por su propia cuenta. Me consta, de modo que no trate de negarlo.

El pintor suspiró.

—Me intriga lo que está ocurriendo en casa de mi futura cuñada, eso es todo. Y ahora me intriga todavía más el paradero de esos cien mil francos viajeros. ¿Está seguro que el doctor Genner no los cobró?

—Por lo menos, en su piso no estaban. Y en su banco tampoco los ingresó.

—¿Piensa usted que Saval le mató?

—Pudo hacerlo, si el médico estaba exprimiéndole.

—Si Saval pensaba matarlo... ¿Por qué el mismo día retiró esos cien mil francos? Sería una conducta absurda completamente.

—Ahí es dónde ha dado usted en la diana. Quiero que haga algo por mí, Delmet... extraoficialmente, por supuesto.

—¿Sí?

—Usted quizá consiga que su futura cuñada le revele cosas que nunca diría a la policía. Trate de averiguar todo lo concerniente a esos doscientos mil francos...

—Olvídelo. No voy a prestarme a semejante juego con una mujer que es hermana de la que va a ser mi esposa.

El comisario suspiró.

—Probarlo no costaba nada —dijo, como si hablara consigo mismo—. Este asunto va a volverme loco. Si pudiera saber qué se hizo de la segunda entrega de dinero... Si Genner los hubiera cobrado, las cosas serían bastante más fáciles.

—Siga buscando. Quizá en el consultorio…

La mandíbula del comisario Mathieu cayó como si fuera a desprenderse de su rostro.

—¡Infierno y condenación —rugió—. ¡El consultorio, por supuesto!

André le observó con curiosidad.

—¿Quiere decir con eso que no lo registró?

—¡Claro que no! Pensé que… ¡Al diablo con mis estúpidos pensamientos! Vístase.

—¿Pretende que le acompañe?

—Seguro. Y después me escoltará hasta la residencia de los Dumarais. ¡Vamos, rápido, Delmet!

Media hora más tarde, ambos se detenían ante la puerta de lujosa madera, sobre la que campeaba el nombre del doctor Genner en letras doradas. El comisario la empujó y la puerta se abrió sin dificultad.

—Eso también resulta extraño —refunfuñó—. Nadie deja las puertas abiertas de este modo.

—Quizá vino la enfermera y se cansó de esperar al médico…

—La hemos interrogado, de modo que no creo que haya venido a trabajar sabiendo que él murió.

Atravesaron la sala de espera para entrar en el bien equipado consultorio profesional del doctor. Todo estaba en perfecto orden.

El comisario se dedicó a los cajones de la mesa. Después revisó el mueble archivo. Los cien mil francos no estaban allí.

André se mantuvo aparte, cerca del ventanal, mirando la calle distraídamente. Mathieu refunfuñó:

—Nada, seguimos a oscuras… ¿Qué habrá ahí? ¿El lavabo?

Abrió una puerta al fondo del consultorio. Desde donde estaba, André le oyó exclamar:

—¡Cielos!

Se volvió. El comisario permanecía en el umbral, rígido como un poste.

—¿Qué le pasa ahora?

—Vea esto.

Se acercó y atisbo por encima del hombro del policía. Lo que vio hizo saltar su estómago hasta la garganta.

Una gran mancha de sangre seca cubría el suelo del reducido

laboratorio. En mitad de la mancha estaba el cuerpo de un hombre tendido boca arriba y no cabía duda que el asesino se había asegurado de que su víctima moría sin la menor duda. Una espantosa cuchillada casi lo había abierto en canal.

André retrocedió, tambaleándose. Oyó al comisario que refunfuñaba mientras se dirigía al teléfono:

—Y ahora, ¿quién demonios será ese desgraciado?

—Alfred Saval —dijo el pintor—. Ya lo encontró usted, comisario.

—¡Era lo único que me faltaba!

André fue a sentarse en el sillón basculante, al otro lado de la mesa. Encendió un cigarrillo con dedos que temblaban y después gruñó:

—¿Cómo queda ahora la teoría del chantaje, comisario?

—Le confieso que no lo sé. Cada vez lo entiendo menos.

—¿No va a llamar a sus expertos?

—Hay tiempo.

—En este caso, creo que debe usted escucharme... Me formé una teoría descabellada al principio... pero ahora se ha vertido demasiada sangre para que me guste seguir jugando a detectives.

—Sé que ha hecho averiguaciones, y reconozco que es usted inteligente. ¿Cuándo se interesó realmente por este asunto?

—Cuando tropecé con un falso doctor Lefaix...

—Adelante, le escucho.

Contó detalladamente cuanto sabía, incluyendo su extraña conversación «unilateral» con el paralítico. El comisario no despegó los labios en todo el tiempo, pero su actitud decía a las claras lo que opinaba.

Cuando terminó, el policía parecía perdido en sus propias ideas.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? —dijo al fin.

—Creo que sí.

—En primer lugar, usted descubrió un cadáver y no avisó a la policía...

—No olvide que después el cuerpo desapareció. Tuve miedo de que me creyeran loco... o que pensaran que quería burlarme de ustedes.

—Excusas... Pero démoslo por bueno, momentáneamente. Lo que usted acaba de contarme respecto a la situación en casa de los

Dumarais, es algo tan sórdido, tan sucio, que apenas puede imaginarse. ¡Vaya estómago el de esa pareja, ante las narices del paralítico...!

—Es algo que no alcanzo a comprender. Ambos querían apoderarse de la fortuna de Raymond Dumarais, librándose de este al mismo tiempo. Contrataron al doctor Genner cuando Raymond enfermó, pero no para curarle, sino para prolongar su enfermedad, creo yo. Mas, si la suerte estuvo de su lado al atacar a Dumarais con esa terrible enfermedad, poco debiera haberles costado acabar con él si es eso lo que querían.

—Lo sabremos cuando interrogue a la mujer.

—Lo lamento por Danielle.

—Usted sabrá alejarla del desenlace final, cuando su hermana sea llevada a los tribunales.

—Claro que lo haré. Pero dudo que pueda olvidar un asunto tan sucio como este, comisario.

—No cabe duda que lo es. Véalo si no... Saval y su amante se ponen de acuerdo con el doctor Genner para liquidar a Raymond Dumarais aprovechándose de la súbita parálisis de este, solo que Genner se pasa de listo y comienza a sacarles el dinero mediante chantaje, o tal vez les dijo que no acabaría con el marido hasta tener la totalidad del dinero que quería...

—¿Y luego?

—Luego, la pareja comprende que están enganchados para el resto de sus vidas, en manos de Genner. Y este muere.

—Muy bien, Saval mató al doctor Genner para evitar seguir pagando. Pero ¿quién mató a Saval, comisario?

—¿Es que puede caber alguna duda?

—¿Claudine?

—¿Quién si no? Debió darse cuenta que mientras existiera una persona viviente que conociera la verdad ella no estaría segura. Decidió sacrificar a Saval. Con la fortuna de su marido entre sus manos encontrará hombres mucho más apuestos que él a puñados.

—No me parece el crimen de una mujer este... Demasiado sanguinario... El criminal se ensañó con su víctima.

El policía se encogió de hombros.

—Vamos a saberlo muy pronto. Acompáñeme a casa de su futura cuñada, y mantenga la boca cerrada hasta que le indique lo

contrario.

Descolgó el teléfono y habló con alguien de la prefectura.

André, inquieto, desasosegado y lleno de angustia, esperó la llegada de los expertos antes de emprender el recorrido que debía conducir a una mujer al patíbulo.

CAPÍTULO XI

Claudine encendió la luz. La oscuridad la aterrorizaba de un tiempo a esta parte.

Todo el día encerrada, sola...

Bien, no estaba sola en realidad, pero esa compañía era precisamente la que anulaba su razón hasta volverla histérica.

Se estremeció y acarició sus antebrazos con las manos, abrazándose a sí misma. Todo aquello era una locura, una espantosa locura. Se había dejado llevar por la insana pasión de la venganza de Alfred... y por la suya propia.

Miró hacia la puerta cerrada y sintió hielo deslizarse por sus venas. Aquella puerta semejaba un imán que la atraía con la poderosa intensidad del vértigo.

Una vez más ansió la llegada de Saval. No comprendía su ausencia. ¿Por qué no venía? Alfred sabía perfectamente que la aterrorizaba quedarse sola en la casa con Raymond tras aquella puerta, tendido, inmóvil y odiándola...

Como si una fuerza misteriosa la empujara, se dirigió hacia la habitación solo para decirse a sí misma que era absurdo tanto temor, solo para convencerse que su marido no podía ya nada contra ella, solo odiarla por medio de sus ojos espantosos... Pero los ojos no podían tampoco causarle ningún daño.

Abrió la puerta y entró. Las sombras que invadían los rincones le infundieron miedo, pero se sobrepuso y avanzó.

El paralítico clavó sus pupilas en su cara tan pronto ella entró en su radio de visión. Se dominó, quiso ignorar el furor mortal que refulgía en aquellas pupilas. No obstante, solo lo consiguió a medias.

—Cuando... Cuando él vuelva te colocará en el sillón...

Era una estupidez. ¿Por qué había dicho aquello? Sus nervios estaban jugándole una trastada.

Se apartó del lecho, con lo que se vio libre de la terrible mirada de su marido.

Le volvió la espalda, aturdida. No obstante, había en ella una fuerza que la empujaba a hablar, a decir algo, cualquier cosa que rompiera el tenso silencio.

—Tú me obligaste a hacerlo, Raymond… Yo no te odiaba al principio… Tú me empujaste a ello con tus malos tratos, tu maldito dominio, tu sadismo…

Le parecía que así se justificaba ante sus propios ojos. Era una válvula de escape.

—Debías haber comprendido que no se puede humillar y aplastar a los demás impunemente… Tarde o temprano incluso los más débiles se rebelan…

De pronto se interrumpió presa de un súbito terror. Había sentido en su nuca la extraña sensación de aquella mirada diabólica, a pesar de que en el lugar en que estaba, él no podía verla porque sus ojos no tenían otra alternativa que mirar fijamente al techo…

Pero aquella sensación en la nuca, y la fuerza desconocida que la obligaba a girar, a volverse… Sintió impulsos de echar a correr fuera del cuarto, o empezar a gritar con toda su voz. Tenía que volverse. Era la única forma de huir de aquella espeluznante sensación.

Lentamente, como dominada por una fuerza externa, fatal, irresistible, giró sobre sus talones y quedó de cara a la cama.

Y entonces lo vio, y el terror paralizó su corazón y los embates del pánico loco se enroscaron en su carne como serpientes, tan viscosa fue la sensación que experimentó en su piel.

Se llevó los puños cerrados a la boca para ahogar el grito que pugnaba por saltar a borbotones fuera de su contraída garganta.

Porque Raymond estaba mirándola.

Había vuelto la cabeza y la miraba.

Sin embargo, no era posible que pudiera moverse. Aquello había de ser una pesadilla… una alucinación producida por el terror que sentía.

Mas había otra cosa todavía. ¡Ahora sonreía como una hiena!

Los músculos de su rostro estaban vivos, le obedecían…

—¡No! —rugió con un grito horrible.

Rompió a chillar histéricamente, como si sus gritos pudieran vencer el horror que la rodeaba. Y sus gritos volvían a ella, rebotando entre las paredes…

De pronto un nuevo sonido se unió a sus gritos, se mezcló con ellos y los dominó de modo absoluto. Era una risa demencial, una carcajada demoníaca, la risa de Raymond Dumarais vibraba rebosante de placer, de triunfo, pregonando su victoria contra todo y contra todos.

¡Estaba riéndose!

El nuevo terror se abrió paso en el aturdido cerebro de Claudine, cuyos gritos murieron en su garganta al comprender todo el alcance de aquel hecho.

Y si le quedaba alguna duda esta se le disipó cuando el hombre comenzó a moverse pesadamente, sin prisa alguna, igual que un monstruoso muñeco que de pronto cobrase vida, hasta quedar sentado en el borde del lecho.

Entonces, las carcajadas cesaron de golpe, pero aún siguieron resonando unos segundos más dentro de la empavorecida mente de Claudine.

Una leve espuma asomaba a las comisuras de la boca de Raymond y su pecho se agitaba ahora bajo su fuerte respiración.

Su voz, cuando habló, se le antojó a la mujer la del mismo diablo, rebosante de sarcasmo.

—¿No te alegras de mi… «recuperación», querida?

Ella retrocedió a trompicones como si le hubiera golpeado brutalmente en el rostro. No se detuvo hasta que su espalda topó contra la pared y allí se quedó, con o un animal cazado en una trampa.

—Dime, ¿no te alegras, Claudine?

Había de ser una pesadilla, una horrible pesadilla dictada por el mismo cansancio y la angustiosa tensión de los últimos días. Despertaría y todo se habría esfumado, y Alfred estaría a su lado y no tendría nada que temer…

—Te creíste más lista que yo, y ya ves, también voy a ganar esta partida.

—¡No es posible…! —balbució, al borde de la locura—. Tú no puedes moverte… No puedes hablar…

—Eso es lo que tú creías… Lo que creíais tú y ese cobarde, mientras me escarnecíais en mi propia casa… convencidos de que seguía sufriendo los tormentos del infierno en mi cuerpo sin fuerzas… Fue realmente un espantoso infierno mientras duró.

—Pero... Pero el doctor...

—El maldito matasanos solo me puso la primera inyección. ¿Lo comprendes de una vez, estúpida? Cuando debía inyectarme la segunda dosis me propuso un trato, que yo acepté, naturalmente. Medio millón de francos nuevos a cambio de sanarme, administrándome un poderoso antídoto que borró en poco tiempo los rastros de la primera inyección.

Claudine comprendió todo de un golpe. Lo comprendió cual si fuera un chispazo de luz que hubiera estallado en su torturada mente.

Y al comprenderlo, la situación la horrorizó todavía más si eso era posible.

—¡Has estado fingiendo...! Has tenido el valor de simular tu parálisis, dejándote insultar por Alfred, viendo lo que sucedía...

—¡Claro que fingí! Gozaba pensando en el final, imaginando mi revancha. Todos debían ser castigados, «mi querida» Claudine. Por eso maté a Genner. No iba a pagarle medio millón de francos después de lo que había hecho con su maldita droga... ¡Oh, no puedes imaginar el espantoso tormento que sufrí aquellos días! Y lo mismo le ha sucedido a tu adorado André —acabó, como un mazazo.

—¡No!

Claudine creyó morir. Sus rodillas flaquearon y se deslizó a lo largo de la pared hasta quedar arrodillada, a punto de desplomarse de bruces.

Él se levantó, gigantesco, fuerte, duro y terrible, sus facciones contraídas y sus manos inquietas enlazándose como seres independientes del resto del cuerpo.

—¿Tanto le querías? —rio—. Me alegra... Créeme que me alegra tu gran amor por ese cerdo balbuciente, porque así te dolerá más su muerte, una muerte sucia y larga, con el vientre abierto...

—¡Calla! —rugió la mujer—. ¡Por piedad, calla!

—¿Tuviste tú piedad cuando yo moría poco a poco, a cada segundo, entre dolores de agonía?

Rompió a reír, burlón, con satánico triunfo. Todas las débiles barreras que semanas antes habían contenido un poco su espíritu sádico se habían derrumbado, y ahora era la demencia cruel lo que le acercaba a ella más y más, despacio, implacable.

—¿No te alegras de oírlo, Claudine? Tú no te atrevías a entrar en esta habitación... Esa fue mi ventaja. Y lo seguirá siendo hasta el final, cuando haya terminado contigo también. Ahora tengo práctica suficiente para simular mi parálisis, todos lo creerán. Nunca podrán sospechar que has muerto entre mis manos, ni que estas manos han acabado con Genner y Alfred. Yo seguiré siendo un paralítico durante un tiempo... y después me restableceré. Nunca se sabrá... Y yo habré experimentado la venganza de un crimen perfecto.

—¡Vas a matarme...!

Apenas la oyó. Rio sordamente.

—Muy lentamente —dijo—. Así...

Claudine vio avanzar las manos, tendiéndose hacia su garganta como serpientes.

Casi inconsciente, gritó. Gritó con tal violencia que hasta él se detuvo, sorprendido. Fue un verdadero aullido de bestia herida conteniendo todo el terror del mundo. Luego, el grito se extinguió y aquellos dedos se cerraron en torno a su cuello.

Al tiempo que apretaba poco a poco la levantó en vilo. Ella desorbitó los ojos, sus piernas cedieron y Raymond se encontró con el cuerpo inerte entre las manos sin apenas haber ejercido presión alguna sobre su garganta.

—¡Claudine! —jadeó—. No estás muerta todavía... No quiero que mueras aún...

Hubo un estrépito en alguna parte, pero ni siquiera lo oyó. Enloquecido, sabía que ella escapaba a su venganza. Eso era lo único que tenía cabida en su mente.

Seguía sosteniéndola cuando un peso como lanzado por una catapulta cayó sobre sus espaldas, y unas garras de acero le zarandearon obligándole a soltar su presa.

—¡No, maldito, no, es mía, mía...! —rugió al caer bajo el brutal empuje.

Los dos hombres rodaron por el suelo en mortal abrazo. Otro intruso, fofo y pesado, entró en la estancia, llegó hasta el confuso revoltijo de brazos y piernas y empuñó un revólver, pero no pudo usarlo en mitad de semejante confusión.

André conectó un soberbio trallazo al rostro del demente, pero este estaba bajo los efectos de su delirio de destrucción y tenía la

fuerza de diez hombres. En unos instantes consiguió colocarse sobre su enemigo y levantó el brazo dispuesto a aplastarle...

—¡Usted! —jadeó de pronto, reconociendo a André.

El comisario Mathieu aprovechó para sujetarle por los cabellos con la mano izquierda y colocarle el revólver en las narices.

—¡Quieto o le mato! —rugió el comisario.

Raymond no pareció ver ni siquiera el revólver Sus ojos de loco estaban fijos en André, aturdido quizá.

—De entre todos tenía que ser usted —susurró, soltándole de pronto—. Pude haberle matado... Pero usted no... Usted me ayudó en mi angustia de aquellos días infernales... Fue mi único consuelo cuando el dolor me volvía loco... Intentó salvarme...

El comisario tiró de él. André se levantó de un salto.

—No comprendo... —jadeó—. Usted...

De pronto dejó de hablar y se acercó al cuerpo de Claudine. Comprendió que todo era inútil y murmuró:

—Está muerta...

—Vigile a ese pájaro —gruñó el policía.

André se levantó. El demente esbozó una mueca.

—No tiene nada que temer, André... Ahora ya nada importa...

Se dejó caer sobre el lecho, y desde allí murmuró:

—Venga aquí, comisario... se lo contaré todo. No creo que en su vida haya tenido un caso tan claro como este... Se lo contaré con todos los detalles...

Empezó a hablar después que el policía hubo telefoneado. André escuchó aquella pesadilla y experimentó náuseas.

El comisario chupaba su pipa, absorbiendo cada palabra, tan estupefacto como el pintor. En toda su larga vida de policía no se había visto jamás envuelto en semejante huracán de odio...

EPÍLOGO

—No habría podido resistirlo si tú no hubieras estado a mi lado, André.

Este oprimió la mano de la muchacha. Estaban sentados en un bar, envueltos por el suave runruneo de las conversaciones, ajenos a todo lo que no fuera ellos mismos.

Él murmuró:

—Te ayudaré a olvidarlo definitivamente, Danielle.

—Creo que ya lo estoy consiguiendo. ¿Es honesto olvidarlo tan rápidamente, después de las cosas horribles que sucedieron?

—Completamente, pequeña mía. Tienes toda una vida por vivir ante ti. Tómalo como un mal sueño que debemos desterrar de nuestras mentes.

Ella se inclinó y lo besó suavemente.

Él dijo:

—Te quiero.

—¿Olvidas que estamos en un local público? Nos van a detener acusados de escándalo…

—Mi amigo el comisario Mathieu nos sacará a la calle.

Llamó al mozo y pagó. Dejó unas monedas sobre el mostrador y ambos abandonaron el establecimiento. Las luces de la calle brillaban sobre el húmedo asfalto.

—Ya no llueve —comentó Danielle, como si acabara de realizar un importante descubrimiento.

—También esta tormenta ha pasado.

—¿Dónde dejaste el coche?

—Ahí abajo. Y ahora que recuerdo…

Ella cerró sus labios con los suyos. Bajo las estrellas que asomaban por los desgarrones de las nubes, el beso se prolongó hasta que los pasos de alguien que se aproximaba les obligaron a proseguir el camino.

Él abrió la portezuela y esperó que ella se hubiera acomodado para dar la vuelta al coche y sentarse ante el volante. La muchacha

accionó una palanca y la capota automática se plegó hacia atrás.

Él dijo:

—No creo que aquí vengan a interrumpirnos...

De nuevo se unieron en un beso interminable, ajenos por completo al mundo que se agitaba a su alrededor.

Todo iba bien. Pero hay cosas que ni en París pueden prolongarse demasiado, en mitad de una calle concurrida. Alguien tocó a André en el hombro y al volver la cabeza se encontró ante la cara arrugada de un gendarme.

—¿Se les terminó la gasolina? —indagó el policía con un gruñido.

—Este...

—Acaba de proponerme que me case con él, guardia —trató de excusarse la muchacha.

—Ya veo... Usted estaba dándole la respuesta, ¿eh?

—Eso es.

—Me parece bien, pero lárguense de aquí los dos. Sigan la avenida hasta el final y encontrarán un parque desierto a estas horas. ¿Está claro? Esto es una calle llena de gente y...

André dio el contacto y el rojo bólido salió disparado. Tras ellos, el gendarme se quedó riendo a carcajadas.

El pintor dijo:

—Cenaremos en...

—Llévame a casa —susurró Danielle.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—Escucha, es nuestra última noche en París... Podríamos organizar algo que...

—Llévame a casa —repitió, acurrucándose a su lado.

—Está bien, el chófer no tiene más remedio que obedecer.

Estacionó el coche en una esquina. Anduvieron hasta la casa y tan pronto se hubo cerrado la puerta él exclamó:

—¡Eh, ahora que recuerdo! No nos iremos de París sin que me hayas llevado a ese famoso Paraíso Azul de que me hablaste, nena.

Ella le observó largamente, con una breve sonrisa aleteando en sus dulces labios.

—¡Qué rematadamente tonto eres, cariño! —suspiró.

Y le dejó solo.

Desconcertado, André buscó los licores y se preparó una dosis generosa de coñac, que saboreó despacio, pensando en Danielle, en la boda y en multitud de otras cosas agradables.

Entonces se abrió la puerta por la que ella había desaparecido. Desde el interior la voz de Danielle llamó:

—¿André?

—Sí, querida.

Apuró el coñac y se encaminó a la puerta.

Solo que se detuvo en el umbral como herido por un rayo.

—¡Cielos! —balbuceó.

Se encontró en una alcoba decorada con suaves tonos azules. Azul era también la tapicería de los muebles, y el cubrecama, y las cortinas del ventanal…

Un suave perfume flotaba en el aire, turbador y penetrante.

André comprendió sin necesidad de explicaciones.

Había encontrado el paraíso con su Eva particular, y maldita la falta que hacía ninguna manzana…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España